

Compañero

by: JP

Prólogo.

Anna Zverev vivía con su hermana Sofía en un monoambiente ubicado en un edificio tétrico a punto de desmoronarse. Sin embargo, la vejez de aquel edificio sucio, sin pintura y con manchas de humedad, brindaba una gran ayuda a la economía de las hermanas, el costo de alquiler era muy bajo. Tiempos de crisis.

Anna y su hermana, a pesar de vivir en un espacio pequeño, tenían una convivencia especial y agradable. Podían andar en tetas, tirarse gases, masturbarse y drogarse sin siquiera mosquearse. Buenos tiempos.

La situación de ambas da un giro inesperado cuando Sofía conoció a Charlie Brown, un joven con lentes y postura encorvada, su aspecto hace honor a los nerds de las películas americanas. Charlie, al conocer a Sofía, le comentó sobre su búsqueda de un lugar para vivir sano y salvo, en específico es un departamento con buen espacio y ubicado en una zona segura.

Lo conoció en el colectivo, compartieron asientos durante el viaje a la ciudad. Coincidencias especiales.

— Sabes, yo no soy de la ciudad. — le dijo Charlie, tiene un tono de voz de niño que transita por la pubertad—. Estoy en búsqueda de un departamento agradable, pero que no sea muy costoso. ¿Conoces algún lugar?

Las hermanas, a pesar de su buena convivencia y comodidad, deseaban vivir en un lugar más grande y en un edificio no tan arruinado por el tiempo. Sofia, cuando Charlie le comentó sobre su búsqueda, vio una oportunidad para poder mudarse.

— Mi hermana y yo vivimos en un monoambiente — le había dicho, su voz es femenina y sibilante —. Tenemos pensado mudarnos a un lugar más espacioso.

Charlie hace ademán para hablar, pero es interrumpido.

— Quizás podríamos compartir alquiler, para ahorrar unos miles de pesos — agregó Sofía —. ¿O te parece una idea muy loca? — preguntó con incredulidad. Claro que es una idea demencial.

— Ahorrar dinero no me parece una idea loca — le respondió con una sonrisa cómplice.

En las grandes ciudades, personas desconocidas comparten alquiler todo el tiempo. Es una salida normalizada para el cuidado de la economía personal, donde las personas de clase media baja o baja recurren a ello sin tener otras opciones.

Sin pensárselo dos veces, Sofía, conversó con Charlie sobre la posibilidad de compartir alquiler en un edificio ubicado en el centro de la ciudad. Ambos se entusiasmaron, se

pusieron de acuerdo para salir en búsqueda de su futuro hogar. Ante la necesidad personal es fácil confiar en el prójimo.

Sofía se despidió y se marchó a su hogar, feliz por las novedades que podrían dar lugar a un cambio radical en sus días. No aguantaba las ganas de contárselo a Anna, que, con plena seguridad, se alegraría.

Cuando llegó al edificio, tiene 10 pisos, lo miró asqueada y se prometió que sería la última vez que entraría en él. Entró. Tuvo que subir las escaleras, el ascensor fue clausurado por su falta de seguridad, subió hasta el piso número 5. Su departamento no tenía número, y si lo tuvo, ya es historia. Se dirigió a la puerta, la abrió e ingresó. No usaban cerraduras, la confianza es su virtud.

— ¡Anna! — Exclamó anonadada al verla comiendo una hamburguesa. Se habían puesto de acuerdo en que serían vegetarianas.

— Descubriste mi secreto — le dijo Anna sin mosquearse, mientras masticaba un pedazo de carne industrial. — ¿Quieres darle una mordida? — le ofreció mientras sus labios dibujaban una sonrisa burlona.

Sofía la ignoró, sabe que la intención es hacer que se enfade.

— Tengo una buena noticia — excusa con alegría.

Anna siguió con su hamburguesa sin decir nada.

— ¡Podremos abandonar este decrepito edificio!

Le contó sobre Charlie. Le explicó las intenciones de compartir alquiler en un buen edificio. Anna se entusiasmó de inmediato. No le importó el hecho de vivir con un desconocido.

— ¿Es una broma? — pregunta Anna.

Sofía le comentó que pronto se juntarán para buscar un departamento que se adapte a sus necesidades y economía.

Al día siguiente, las hermanas se juntaron con Charlie para poder conocerlo mejor. Tuvieron una gran impresión entre sí. Rieron y contaron historias. Luego de conversar salieron en búsqueda de un hogar.

— Conseguí varios números de inmobiliarias — comenta Charlie —. Me he comprometido a ver varios edificios.

— ¡Gracias! — Sofía agradece el hecho de no tener que lidiar con las inmobiliarias.

Escutaron varios edificios, justo en ese momento las inmobiliarias tenían un gran catálogo, y uno de ellos los atrapó a los tres por igual.

El departamento constaba de tres dormitorios, y una amplia habitación donde se comparte la cocina y la sala de estar, además de un baño super cuidado. También había una pequeña terraza. No lo pensaron dos veces.

Encontraron donde vivir.

Se pusieron de acuerdo para tramitar la gestión del contrato. Charlie no es de la ciudad, por lo que sus familiares no pudieron brindarle ayuda.

Las hermanas le comentaron a su familia sobre la posibilidad de mudarse. En un principio se opusieron a la idea, pero, al final accedieron. Ellos son los que las mantienen.

Charlie fue presentado a la familia, los padres deben saber con quién vivirán sus princesas. En un momento de conversación les confesó a todos que sufre de una enfermedad terminal, cáncer de pulmón. Su confesión conmovió a las hermanas y a sus respectivos padres, quienes dieron un veredicto de aceptación para la mudanza.

— Lamento oír eso, espero ser de ayuda cuando lo necesites. — Le dijo el padre, don Zverev.

También les contó que es estudiante de derecho. Que trabaja a medio tiempo como procurador en el departamento de derecho del consumidor, para aclarar, antes de mudarse se había presentado a varias entrevistas de trabajo. Cuando le preguntaron la razón de porque no decidió irse a otra ciudad, les respondió que la ha escogido porque se adapta más a sus necesidades laborales y médicas. Económicamente se mantiene solo, al menos es lo que da a entender. Sus padres, según él, no tienen el dinero suficiente para ayudarlo con los gastos.

«El pobre Charlie.»

Hicieron los trámites para el contrato del alquiler. Pagaron lo que debían pagar. Y ya es hora del cambio.

En pocos días se mudaron a un mejor lugar.

— Por fin nos fuimos del basurero — comentó Anna refiriéndose a su antiguo departamento una vez instalada en el nuevo.

— Llegamos a un mejor lugar — espetó Sofía con alegría.

El padre de las hermanas estaba feliz al saber que sus hijas podrán estar en un lugar apetecible, cómodo y seguro. Cualquier padre lo estaría.

Sus vidas han cambiado de forma radical, de eso no hay duda. En lamento para las hermanas, no es el cambio que ellas esperaban tener. Se metieron en algo que las hará arrepentirse de por vida. Si es que siguen con vida.

El padre de las hermanas cuelga una pintura de tamaño 70x50 al lado de la puerta corrediza del balcón, se trata de la última cena de Leonardo Da Vinci. Luego de ello, se despide de las hermanas y Charlie, que con sus problemas de salud le ha ablandado el corazón.

— Nos vemos pronto. — Le da un beso en la mejilla a cada una —. Ante cualquier cosa que necesiten, ya saben a quién llamar. — Sonríe. Se acerca a Charlie, que está apoyado contra la pared a solo unos pasos, y le dice: —Tú, cuida bien a mis niñas. — Le da unos golpes en la espalda.

— Si, lo haré. — escruta Charlie mientras se acomoda los lentes para conseguir una visión más óptima y le sonríe con vergüenza. Es un chico tímido.

El padre lo observa con detenimiento, se ríe, ve a un joven delgado y sin presencia de musculatura, solo le falta un inhalador para el asma para ser un ñoño. Piensa que ese chico no sería capaz de cuidar ni de sí mismo, darle el cuidado de sus hijas es como darle a cuidar una araña a una mosca.

El padre cruza la puerta y se marcha. Dejando atrás a sus pequeñas bendiciones.

—¡Al fin solos! — recita Anna. Sus labios dibujan una sonrisa satisfactoria.

— ¿Quieren que hagamos una fiesta? — Pregunta Sofía con sarcasmo. Su voz es un tono menor que el de Anna, también es suave y refrescante como una brisa de aire fresco en pleno verano.

— Una orgia sería mejor. — comenta Charlie con gelidez.

Se crea un incómodo silencio, el último comentario descoloca a las hermanas, se sorprenden al escucharlo. Jamás se imaginaron que ese chico ñoño fuese capaz de escupir comentarios de esa magnitud. Se miran entre ellas, incrédulas, y comienzan a reír a carcajadas. Charlie es contagiado por el momento y se ríe a la par de ellas.

— Si, claro. — Sofia lo golpea en el hombro de forma amistosa mientras llora de risa.

Anna saca de su bolsillo un cigarrillo de marihuana y pregunta: — ¿Les apetece?

Sofia da el afirmativo de inmediato, pero Charlie, en cambio, lo rechaza. Nunca ha fumado y/o probado sustancias que brindan felicidad a la persona. Anna le anima moviendo el cigarrillo de marihuana por los aires como si de una avioneta se tratase, se detiene con brusquedad al recordar un pequeño gran detalle. «Cáncer pulmonar».

— Oye, tú, lo lamento. — Anna se guarda el cigarrillo —. Me había olvidado de...

— Dejémoslo así, — interrumpe Sofia —, debemos ordenar, acomodar los muebles y demás para crear un mejor ambiente en el departamento. Al culminar con ello, podemos ir a ver una película al cine o lo que se nos plazca.

— Me parece una estupenda idea. — dice Charlie —. ¡Manos a la obra!

En la entrada hay varias cajas con objetos para la decoración, ropa, utensilios y etc. Abren las cajas, lo que contienen se deriva a sus respectivos lugares. Ropa en el ropero, cubiertos en los cajones de la mesada de la cocina, etcétera. «No quiero aburrirlos con los detalles.»

Una vez que terminan, se sientan en el suelo para descansar. Beben jugo de naranja.

— ¿Ustedes a que se dedican? — Pregunta Charlie, su respiración es agitada. Es una pregunta que se suele hacer cuando las personas mantienen una primera conversación.

— Yo soy estudiante de arte — le responde Anna.

— Estudio contabilidad — le espeta Sofia.

—¿Y nada más aparte de eso?

Ambas niegan con la cabeza y dan un sorbo a sus respectivos vasos.

— ¡Fumemos! —Agrega Charlie, señalando a Anna con el dedo—. La marihuana es buena para la salud. — Ríe.

Anna se alegra de oírlo, se desesperaba a cada segundo. Saca el porro, se lo coloca en la boca, busca en sus bolsillos algo para poder encenderlo. Charlie, al percatarse de que no tiene con qué encenderlo, escruta entre sus bolsillos y encuentra un encendedor, lo cede y se lo reciben.

— ¿Qué haces con un encendedor? — Pregunta Sofia, curiosa.

— No tengo ni idea de cómo ha llegado a mis bolsillos. —le responde con monotonía. Supongo que los bolsillos de cada uno son un misterio.

Anna enciende el porro. Y comienzan a fumar. Ríen, hablan sandeces, pasan el rato.

Llega la noche.

Están cansados por la mudanza. Cenar una pizza que mandaron a pedir por medio de un delivery. Bostezan a medida que mastican y tragan. Con dificultad logran mantenerse despiertos.

— ¡Me iré a dormir! — Anna se levanta de la mesa y se marcha a su dormitorio —. No me molesten hasta mañana. — dice, mientras bosteza.

— ¿No piensas ayudar con la limpieza? — Sofia se indigna. Luego de comer deben limpiar la mesa, vasos y demás.

Anna solo le gruñe.

— Déjala que descansa — Charlie entra en escena, se acomoda los lentes y continúa: —. Yo te ayudo, recuerda que somos compañeros.

— ¡Deberías de aprender de Charlie! — le grita a Anna en el momento en que cierra la puerta de su cuarto.

Sofia y Charlie se quedan solos. El silencio invade la habitación. Se escucha el masticar de cada uno, también cuando tragan. Terminan de comer y descansan para que la digestión haga lo suyo.

— ¿De dónde eres, Charlie? — rompe el silencio.

Cuando conoció a Charlie, omitió las preguntas típicas. La euforia de cambiarse de hogar fue tal que no le brindó la importancia a preguntas importantes para conocer con más profundidad a la persona con quien ahora vive. Vive con un completo desconocido, se ha precipitado más de la cuenta.

— Soy de otro continente, de España. — arruga la nariz, y se acomoda los lentes. De hecho, siempre que se dispone a hablar, se acomoda los lentes.

Sofia jamás se lo habría imaginado. Se percata de que presenta el acento ni las jergas correspondientes. Con plena seguridad, Charlie, lleva mucho tiempo en el país en el que ahora es residente. Argentina - Mendoza.

— ¿Dices la verdad, Charlie?

— Mis padres son argentinos, viven en España. Por eso hablo como argentino nativo. — Comenta y se levanta como una fiera rabiosa de la mesa. Se queda de pie unos segundos, y se marcha a su habitación sin decir nada.

Sofia se sorprende por la reacción impetuosa de su compañero. No ve pruebas fidedignas de su comportamiento, solo nota una furia bastante monótona.

«— ¿Qué problemas tendrá con su familia? —» Piensa en el contexto de las circunstancias. Deduce y concluye que no le gusta hablar de su familia.

Se queda sola, debe hacer la limpieza sin ayuda de nadie. Lo hace para poder ir a descansar.

Anna se despierta varias horas después de haberse dormido, su vejiga está a punto de traicionarla en su sueño. Se levanta, camina a la semejanza de un zombie. Apenas abre sus ojos somnolientos, un par de ojos verdes. Se tira de su cabellera rubia en modo de protesta, su sueño fue interrumpido. Da un grito afónico y estridente.

Entra al baño. Enciende la luz. Hace sus necesidades.

Sale del baño. Se olvida de apagar la luz. En el momento que se predispone a caminar hacia su habitación, decide pasar por la de Charlie. Escucha un ruido peculiar e intrigante, no puede solo ignorarlo. Se acerca a la puerta y pega su oído a ella para escuchar con más claridad. Escucha sollozos y gemidos, no son placer, son similares a los de una persona ahogándose.

Anna arquea sus cejas y arruga su nariz al intentar imaginarse lo que puede estar pasando del otro lado de la maldita puerta. Al escuchar gárgaras acompañadas de chillidos inusuales, se predispone a entrar para constatar y ver lo que sucede.

«— ¿Y si se está masturbando? —» piensa. Lo que menos quiere es ver a su compañero dándose placer.

Escucha un grito ahogado del interior. «— ¡Que carajos está haciendo! —» Se susurra indignada por no saber lo que sucede. Decide entrar, le importa una mierda si se está masturbando o lo que fuese, la curiosidad la desinhibe por completo. En caso de interrumpir algo íntimo, se las ingeniará para excusar sus acciones.

Abre la puerta de un golpe. Ve una silueta bochornosa en la penumbra y prende la luz de la habitación, el brillo resplandece a tal punto que los ojos comienzan a lagrimear.

— ¡No! ¡Mierda! ¡Hijo de puta! — Sus gritos son estrepitosos. Hacen despertar a su hermana.

— ¿Qué te pasa, Anna? — grita Sofia desde su habitación.

— ¡Mierda, mierda, mierda! — Continúa con sus gritos.

Sofia se levanta de inmediato. Los gritos de su hermana manifiestan que algo malo ha sucedido.

Charlie tiene un cinturón que rodea su cuello. Se está ahorcando. Sus pies están apenas unos centímetros sobre el suelo, el cinturón se encuentra atado en la lámpara que cuelga del techo. Anna lo coge de los pies con un abrazo para evitar que el cinturón lo siga estrangulando.

— ¡Sofia! — la llama en son de ayuda. Justo en ese momento, aparece su hermana.

Sofia, anonadada por lo que sus ojos visualizan, se paraliza bajo el marco de la puerta. Intenta entrar en contexto con la situación que en este momento es predominante y asfixiante. Escruta la escena con el fin de comprender qué sucede. Observa el cinturón que le rodea el cuello, también de donde fue atado.

«— ¿Cómo es posible que aguante tanto peso? —» Se refiere a la lámpara, la resistencia que tiene la deja impactada.

— ¡Ayúdame, no seas idiota! — Anna la hace volver en sí de su ensimismamiento.

Sofia corre hacia la cocina en busca de un cuchillo para cortar el cinturón. Se detiene ante la mesa para ver una pequeña nota de papel sobre ella. La coge. En ella hay escrita dos renglones: “No encuentro sentido en mi vida, apenas creo que existo. He decidido abandonar mi cuerpo para que mi alma salga en busca de otro caparazón.”

Se conmueve al leer el contenido. Anna le vuelve a gritar para que se apresure. Se guarda la nota en el papel. Abre el cajón de los cubiertos y saca un cuchillo carnicero. Corre con el cuchillo en la mano hacia la habitación, «no es recomendable», le pide a Anna que abra paso para poder cortar el cinturón. El cinturón de cuero es cortado como a un papel debido al filo del cuchillo.

Anna suelta a Charlie, quien cae y da un golpe seco contra el suelo.

— ¿Qué mierda pensabas hacer? — Le grita airada. La respuesta es obvia.

Charlie de a poco vuelve en sí.

— ¿Responde, Charlie?

— ¡Eres un hijo de puta! — exclama Anna, quien se inclina hacia Charlie y lo escupe en la cara.

— Detente, Anna. — Intenta calmarla. La coge del brazo para alejarla del cuerpo.

— ¡Ignorante! — Anna parece un perro con rabia. Le da una fuerte patada en el estómago a Charlie.

— ¡Sal de la habitación, Anna! — Se impone ante el ataque de locura de su hermana. Para su suerte, sus deseos se cumplen.

Anna sale del cuarto respirando como si sacara humo de sus fosas nasales.

— ¿Por qué querías suicidarte, Charlie? — comienza a llorar.

— ¡Lo siento! — Le responde afónico —. Soy un idiota, no sé qué responderte.

Anna se sienta en un sillón individual en un rincón de la parte de la sala de estar. Se estruja los ojos, sigue enfadada. «—¿Cuánto tiempo estuvo colgado? —» Supone que no mucho tiempo, o de lo contrario lo hubieran encontrado muerto.

Recuerda que cuando se levantó para ir al baño, no escuchó ruido alguno, el ambiente estaba inmaculado de ruidos. «— ¿Acaso se colgó cuando salí del baño? —» La respuesta tiene sentido en caso de ser afirmativa. «Habría que preguntarle.»

Sofia saca la nota de su bolsillo, la que sin duda es de suicidio. La vuelve a leer y mira a Charlie, quien solloza en el suelo como un niño ya cansado de llorar. Espera a que se calme para encararlo y recibir explicaciones de lo que acaba de hacer. En un momento, piensa que Charlie está actuando, sus sollozos se vuelven poco creíbles, siente que le están tomando el pelo.

— ¿Me darás alguna explicación, Charlie? — Le tira la nota, le cae sobre una pierna.

— Solo son sandeces... — Le responde al tomar la nota. La rompe a la mitad y lanza los pedazos a la brisa de la habitación.

— ¿Por qué querías suicidarte, Charlie? — Sofia acostumbra a decir el nombre de la persona para darle énfasis a lo que sale de su boca.

Solo le sonríe, no tiene respuestas y explicaciones para darle. Se levanta del suelo y se recuesta en su cama, ignora a Sofia como si nada hubiese pasado.

— ¿No piensas darme ninguna explicación? — Se desespera. Sus ojos azules son contrastados por sus lágrimas.

— Hablaremos mañana. — Cierra los ojos para dormir —. Lamento haberte despertado.

Sofia se indigna, acaba de verlo colgado a punto de morir. Se desespera arduamente por la indiferencia que este presenta. Desea darle golpes en la cara para que reaccione, quiere decirle a Anna que venga y lo siga golpeando. Se calma. Respira con profundidad y cuenta hasta 10 segundos.

Anna entra a la habitación.

— ¿Por qué se colgó?

— Todavía no lo sé. — Apunta con el dedo a Charlie —. Me ha dicho que hablará mañana.

— ¿Me estas jodiendo? — chasquea con los labios —. Es un maldito, nosotras preocupadas y el ahí, acostado como si nada. — susurra.

Charlie se sitúa tranquilo en su cama, apunto de dormirse por lo que se ve. Juega con la cordura psicológica de las hermanas.

— Vámonos de aquí, dejémoslo solo. — Abandonan la habitación, resignadas. Dejan la puerta abierta para evitar otro percance con el maldito Charlie.

Charlie, al verlas salir, abre los ojos y las observa sin que las hermanas se den cuenta. Sonríe de forma furtiva, su único objetivo es ser el centro de atención, algo que ya ha logrado. Su reticencia hacia Sofia fue y es adrede, se hace la víctima. ¿Por qué lo hace? Ya sabemos que quiere atención, pero, sin duda tiene algo en mente, algo malvado. No por nada alguien intenta suicidarse. Pero, si en realidad hubiera querido hacerlo, lo habría hecho sin inconvenientes, pero para su suerte, justo en ese momento, Anna salía del baño

y lo escuchó gimotear. Y si, Charlie tuvo la paciencia de esperar a que alguien saliera de su habitación para ahorcarse y, a la vez ser escuchado y auxiliado. Todo salió a la perfección. ¿Y si su ingeniosa obra de teatro no hubiera funcionado? No hubiera sucedido nada, la lámpara, donde enganchó el cinturón, no habría aguantado tanto peso, por ende, se habría despegado del techo. Aunque, ese era su segundo plan, el ruido al caer habría despertado a las hermanas, creando un ambiente grotesco y alarmante. «Bien pensado maldito demente.»

— ¿Qué piensas de lo que acaba de ocurrir, Anna? — Intenta entrar en contexto con los hechos.

— Creo que se ha colgado cuando me oyó salir del baño, —sigue frustrada —, no creo que se haya querido suicidar, la lámpara del techo estaba a punto de romperse. Creo que quiere llamar la atención. ¡Lo odio! y recién es nuestra primera noche juntos.

— Si, también me fijé en la lámpara. — Se muerde el labio inferior —. Tenemos que ser comprensibles, no sabemos qué vida a tenido, además tiene cáncer. No está pasando por un buen momento, debemos apoyarlo.

— ¿En la primera noche pasa esto? — Anna gesticula asco con su rostro —. No pienso ser una maldita niñera. ¡Que se mate si quiere!

— Mañana le pediremos explicaciones, Anna.

— ¿Cómo se nos ocurre vivir con un extraño? — se indigna y levanta la voz—. ¿Qué sabemos sobre él? Nada. Nada de nada.

— No hables tan fuerte o nos escuchará.

Y así es, Charlie está atento a la conversación que mantienen. Siente el odio que emana de la voz de Anna, y eso le causa placer.

— Me iré a dormir, o he de intentarlo. — espeta Anna.

— Descansa, Anna. — ¿se siente en una silla junto a la mesa—. ¿Será porque le recordé a sus padres? — se le viene a la cabeza el momento cuando Charlie, al hablar de sus padres, se levantó encolerizado y se marchó a su habitación.

Charlie sale de su habitación, ve a Sofia ensimismada en sus pensamientos e inquieta.

— Oye, lamento haberlas hecho pasar por todo esto. —sus labios tiritan, como si estuviera a punto de llorar —. Solo que me siento perdido, la enfermedad, mi familia, todo va sumando y me destroran la vida. La poca que me queda. Sabes, no sé si sobreviva al cáncer...

— Calma, te brindaremos de nuestra ayuda. No estás solo, nos tienes a nosotras dos, me tienes a mí. — la bondad de Sofia hacia quienes la rodean es ejemplar.

— ¡Gracias por esas palabras! — se acomoda los lentes y arruga la nariz —. Eres buena persona.

Se quedan en silencio por un instante.

— Bueno, ¿Quieres que hablemos, Charlie?

— Estoy exhausto y tú también, mejor hablemos cuando despertemos del sueño dentro de unas horas. No quiero seguir siendo una molestia.

— Si, sería lo mejor para todos. — Bosteza.

Charlie se soba el cuello, tiene marcas de quemaduras alrededor.

— ¿Te encuentras bien? — pregunta, preocupada.

— Estoy mejor. — Se señala el cuello —. Es la consecuencia de mi estupidez. Espero no vuelva a pasar.

— ¿Esperas?

— Cabe lamentar el hecho de que no puedo controlar mis espontáneas intenciones de suicidarme.

Sofia cierra los ojos y da bocanadas profundas de aire. Lo que escucha la sacude con ferocidad.

— ¿No es la primera vez que lo intentas?

Charlie ladea la cabeza respondiendo con afirmación a la pregunta que le acaban de hacer.

— Con que hubo otras veces. — chasquea con la boca —. Espero sigas vivo mañana para poder hablar sobre ello.

Charlie se gira y enfrenta la entrada de su cuarto.

— Espero tu sigas viva para poder hablar sobre ello. — Se lo dice con un tono de voz perturbador y perverso.

A Sofia le dan escalofríos, siente un miedo atroz, se inquieta rotundamente ante aquellas palabras. Ve a Charlie ingresar a la habitación, y lo ve dejar la puerta abierta. Su respiración se torna asmática por un momento, se le pasa, camina hacia su cuarto.

Traspasa la puerta. Se acuesta en la cama con la ropa puesta. Absorta ante el miedo, se levanta al instante de su cama, y cierra la puerta con cerradura. Le es inevitable pensar que Charlie puede entrar y hacerle daño. La primera noche es escalofriante.

Vuelve a entrar en la cama. Luego de unas horas inyectada con terror, y sin que suceda nada, consigue el sueño.

Anna se despierta y ve a Sofia tomando una taza de café en el balcón. Sus ojeras contrastan su rostro, denota preocupación en sus ojos.

— ¿Qué sucede? — Le pregunta Anna.

— Estoy algo preocupada por Charlie. — Mira a la nada.

— ¿Sigue durmiendo?

— Sigue durmiendo. Estoy esperando a que despierte para conversar.

Una paloma si sitúa en el suelo del balcón.

— ¿Te apetece comer una paloma? — Anna se ríe.

— Estás loca, Anna. — Levanta sus cejas a son de disgusto.

Se escucha el golpe de una puerta. Es Charlie entrando al baño.

— ¿Encontraste una nota de suicidio?

— Algo así. — le responde Sofia —. Es hora de descubrir las razones de su intento de suicidio.

— ¿Crees que probará las 1000 formas de suicidarse? — lanza un par de carcajadas —. ¿Por cuál número crees que va?

— Córdala con tus naderías, Anna. — se irrita —. No es momento para bufonear, se trata de algo serio. Contrólate por favor.

Esperan a que Charlie salga del baño. Necesitan una explicación de inmediato.

— ¡Me han asustado! — Charlie sale del baño y se encuentra a las hermanas de frente.

— ¿Acaso pretendes suicidarte con olores putrefactos? — Anna se tapa la nariz por el olor a mierda que proviene del interior del baño.

Sofia le da un pellizco en el brazo.

— No le hagas caso. Solo es una estúpida.

— Descuida. Tiene razón.

Charlie sabe que le han encarado para que dé explicación de su travesía nocturna. Camina hasta la mesa en medio de la sala para sentarse en una de sus sillas.

— Es complicado. — Agrega. Espera a que sus compañeras se sienten al frente, y así, poder verse a los ojos al hablar.

Anna es la que se sienta, Sofia prefiere mantenerse de pie. Ambas hacen ademán con la mano para que el maldito Charlie declare y justifique sus impertinentes acciones de una vez por todas.

—¿Qué discurso has preparado? — Pregunta Anna.

— Solo quiero disculparme por mi estupidez. — expresa Charlie —. También, agradecerles por ayudarme.

— Ve directo al grano. — Anna se impacienta.

— Lo cierto es que, es difícil, tengo muchos problemas personales. Y me pesan bastante.

— La estupidez, por ejemplo. — Anna es una persona desinhibida.

Sofia le da el correctivo con una cachetada en la cabeza.

— No seas una cretina, debes ser comprensiva, Anna. — Su voz es muy femenina y pacífica.

— Déjala. — apoya sus codos en la mesa —. Tiene razón, soy un idiota. — Comienza a sollozar. Sus manos tapan sus ojos. Es víctima de la culpa.

— Charlie, no la escuches. No eres un idiota. — Se acerca y le da caricias en la espalda.

Charlie se calma de forma drástica.

— Solo que he tenido una infancia super difícil. — su rostro se torna serio y monótono —. Mis padres me golpeaban, en el colegio sufrí bullying, no conozco la empatía de otras personas... — se detiene y suspira —. El tema del cáncer ha hecho que me extralimite. Con total simplicidad, no sé lo que hago.

Anna se ríe. No porque le parece divertido lo que dice Charlie, si no, por la forma en la que lo dice, como si se tratara de algo ordinario e insípido.

— No te rías, Anna. — Sofia actúa como lo que es, la hermana mayor.

— Lo siento. — espeta.

— ¿Es la primera vez que intentas suicidarte, Charlie?

Charlie se rasca la cabellera sucia y desprolija.

— Lamentablemente no es mi primera vez.

— Morirás virgen — La maldita Anna continúa con sus fechorías.

Sofia se enfada y coge del brazo a su hermana, la lleva hasta su habitación y comienza a hablarle en voz baja para que nadie las escuche. Hace notar su estado airado. Anna se ríe, disfruta de su comportamiento pedante.

— ¡Cálmate y deja de ser tan perra! — sus ojos arden de furia.

Anna comienza a ladrar, se siente una gran y hermosa perra.

— No. — Sofia abandona la habitación para ir con Charlie —. Eres una causa perdida. Ha tenido que aguantar toda su vida a su odiosa hermana. A veces siente la necesidad y las arduas ganas de querer asesinarla. Se abstiene ante sus viles pensamientos.

— Lamento el comportamiento de Anna, es así, siempre lo fue. No creo que cambie. — se siente frente a Charlie.

— ¿La odias?

— No sé qué responder. — arruga la nariz —. En realidad, me tiene cansada, no la aguanto, debo esforzarme mucho para poder tener una buena convivencia. Se calmó por un tiempo, pero ha vuelto a ser la mierda de siempre.

De pronto le invaden todos los años de frustración que ha vivido por causa de su hermana. Al ser la menor era la consentida.

— Tú también deberás aguantarla.

— No te preocupes por mí. En mi día a día ella será solo una mosca entre millones de abejas. Mi vida es depresiva.

— Necesito que me hagas una promesa, — lo mira a los ojos, necesita ver su alma —, prométeme que no volverás a intentar suicidarte.

— Eres una buena persona. Me alegro de que ahora seas parte de mi vida.

— Solo di lo que te pido que digas.

Charlie no quiere responder, no pretende hacer promesas que, con seguridad, romperá.

— Espero me ayudes a sobrellevar mi situación.

— Lo haré, los seres humanos estamos para ayudar.

— Prometo que no seré una molestia. Prometo no ser una espinilla en el culo. — se ríe.

Anna entra en escena. Se sienta junto a ellos sin decir nada.

— Anna, no seas una espinilla en el culo. — dice Charlie.

Sofia pensó que Anna le respondería de forma brutal y ofensiva. No fue el caso, mantuvo la calma y se limitó a ignorarlo. Se lleva una grata sorpresa. «Ojalá mantuviera la boca cerrada para siempre.»

Los tres tienen cosas que hacer, deben ir a sus respectivas facultades. Hay que estudiar para enriquecer la materia gris y algún día poder ser alguien, y no solo ser un gorila con dinero.

— ¡Buenas noches! — Anna ingresa al departamento. Sofia y Charlie juegan al ajedrez, o al menos hacen el intento.

— ¿Se te hizo un poco tarde, Anna?

— Fui con los chicos a fumar al parque, nada grave.

— ¿Tienes marihuana? — pregunta Charlie —. Quisiera fumar un poco.

Anna lo mira desairada. «— Consíguete la tuya—» piensa. Al observar a su hermana, Sofia, la nota un poco desorientada y confundida.

— ¿Qué te sucede?

— Nada. — menea la cabeza para volver en si —. Solo que el juego me tiene atrapada.

— ¿Quién gana? — Anna quiere jugar una partida.

— Yo. — dice Charlie.

Anna se sienta junto a ellos para ver la partida. Le encanta el ajedrez. Escruta el tablero y se da cuenta que Sofia tiene un movimiento caprichoso para poner en jaque mate a su rival. Charlie no tiene idea de ello. El juego de él se basa en matar la mayor cantidad de piezas posibles, típico de principiantes. Es introducido en una trampa, no solo en el juego, si no, en lo psicológico. Es engañado por sus propios improperios victoriosos. En un movimiento más dará lugar a su inevitable derrota.

Sofia mueve su reina a G-4 y ataca en diagonal al Rey negro (color de Charlie). Charlie pretende matar a la reina con su caballo, es la única pieza que puede atacarla, pero se da cuenta de que al mover esa pieza deja la diagonal blanca al alfil enemigo. Su Rey ya no tiene movimientos, y está vulnerable. Y así es como pierde la partida.

— ¡Super fácil! — brama Sofia. Feliz por su victoria.

— Es un principiante, no te enorgullezcas. — espeta Anna.

— Me ha dicho que fue a una academia por un par de años. — comienza a juntar las piezas para guardarlas —. Pero no lo ha demostrado.

— Solo fueron patrañas. No sabe jugar. — Anna no es dadivosa —. Te ha vacilado.

Mientras tanto, Charlie apoya su frente a la mesa. Perder la partida le ha afectado estrepitosamente, se siente insignificante, inútil, repugnante y un simple bufón para la mayoría. Escucha a las hermanas decir barbaridades sobre su persona. Lo tratan de mentiroso y de principiante. Es verdad, mintió al decir que fue a una academia de ajedrez, pero ello no es una excusa para que se despeñen a la burla.

— ¿Quieres una revancha, Charlie el principiante? — Sofia se mofa y a la vez lanza una carcajada.

— ¡Cierren la puta boca! — golpea con fuerza su frente con la orilla de la mesa, comienza a sangrarle. Se levanta de la mesa gritando: — ¡Putas, son unas putas! ¡Las mataré ahora mismo!

Las hermanas quedan desconcertadas por esa reacción. No solo eso, se asustan a tal punto que la sangre que corre por sus venas se siente caliente. La adrenalina se apodera de ellas. Ambas respiran de forma entrecortada, tragan saliva o hacen el intento, sus bocas se resecan. Sofia comienza a llorar. Anna, la dulce Anna, se levanta del asiento y se prepara para defenderse en caso de que sea necesario.

— ¡Son unas putas! — Charlie continua con sus injurias. Se toma de los pelos, irritado por el pedo que se le ha introducido en la mente. Tira sus lentes contra la pared y le rompe los cristales. Chilla, se menea sin control, parece como si estuviera drogado con la pastilla de Superman en una fiesta electrónica.

Sofia yace estupefacta en su asiento, no entiende nada de la mierda que ahora predomina en el interior del departamento. El miedo es remediado por la comedia trágica. El alboroto la confunde tanto que le hace creer que todo es parte de un sueño.

Anna se enfurece, por poco sus orificios no desprenden el vapor caliente de su interior. Se siente ofendida por los insultos repulsivos de su desdichado compañero. Lo observa, lo estudia con minuciosidad, con la finalidad de encontrarse con una anomalía en su comportamiento. Lo ve zarandearse a sí mismo, chillar como una loca que acaba de ver a una rata, la cual le da fobia. Mira hacia la cocina, busca con la mirada la presencia de un objeto cortante, un cuchillo, que se encuentre fuera del cajón de los cubiertos. Se le cruza la idea de que Charlie puede cometer la locura de arremeter contra ellas con un cuchillo. Al final, viven con un desconocido que no tiene nada que perder.

— ¡Cálmate! — Grita Sofia, eufórica.

Charlie sigue zarandeándose, parece un loco, se tira de los pelos. Su frente sangra de forma considerable, por ende, salpica sangre por doquier. Super artístico. Comienza a gritar palabras ininteligibles, chilla, parece que le están haciendo un exorcismo. Necesita un poco de agua bendita para prescindir de su locura. Debido a su largo momento de locura, sus piernas se debilitan, jamás ha hecho deporte en su insípida vida, y cae al suelo de rodillas. Las hermanas se quedan viendo la cómica y aterradora actuación del puto nerd. Por un momento parece que todo ha vuelto a la normalidad. Pero no. Charlie se levanta de un salto y sale corriendo hacia la puerta principal como si quisiera huir, y el muy retrasado choca contra ella y se rompe la nariz. Sangra bastante, el suelo se tiñe de rojo.

— ¿Estás bien, Charlie? — La preocupación de Sofia es sincera. Mientras tanto, Anna, la buena Anna, se ríe a carcajadas.

— Que peronista es — espeta —. No, perdón. Que estúpido es. — Se rasca una teta y continúa riéndose.

Charlie, tendido en el suelo, se serena en un santiamén. El golpe lo ha noqueado o eso es lo que parece.

— Ayúdame — Sofia lanza una mirada de odio hacia su querida hermana —, deja de payasear y ayúdame.

— ¿Por qué crees que debería ayudar a ese maldito gilipollas? — enfurece —. Por un momento pensé que iba a violentar contra nosotras. Es un loco de mierda. Deberíamos ayudarlo a empacar para que se vaya, si total, morirá muy pronto.

— Córdala con tu maldita insidia. Alcánzame un trapo o algo para poder limpiarle la sangre del rostro.

— Ni de coña — se marcha a su habitación —. Es su problema, le pasa por loco. Vamos, déjalo.

— ¡Debemos ayudarlo! — grita.

— ¡No seas estúpida! — exclama —. Solo busca vuestra atención. Es un loco de mierda. Deberíamos echarlo ya mismo, antes de que nos haga daño.

En ese momento de tensión, alguien llama a la puerta. Sofia se queda en silencio.

— ¿Esperas a alguien, Anna? — Pregunta Sofia, preocupada.

— Solo a la policía.

Vuelven a golpear la puerta. Insiste porque escucha las voces provenientes del interior.

— ¿Quién es? — grita Anna.

— Soy Gabriel. Tu vecino.

— ¿Qué quieres? — Sofia entra al ruego.

— ¿Está todo en orden? Escuche gritos.

Charlie comienza a chillar como un cerdo. Sofia intenta taparle la boca con la mano, pero este la muerde con fuerza y le rompe unas uñas de su mano derecha. Anna se percata de ello, y aprovecha el momento para abrir la puerta. Quiere dejar al descubierto a su desinhibido compañero.

Abre la puerta y se sale al pasillo del piso.

— ¡Está loco! — grita —. Estamos viviendo con un loco.

— Oye, ¡detente! — Gabriel es un hombre moreno musculoso, mide unos 2 metros, que al decir eso, su voz grave y su electrizante autoridad asustan con gran pudor a Charlie. Se tranquiliza.

— Magnífico. — Anna queda maravillada —. Puedes golpearlo, si es que quieres hacerlo.

— ¡Anna! — a Sofia le va a dar una embolia.

— ¿Qué carajos sucede? — Gabriel desea entrar en el contexto de la situación.

— Ya te lo dije — Anna entra de nuevo al departamento —. Vivimos con un demente. Un loco de mierda.

— ¿Qué le pasó en la frente?

— Se golpeó contra la mesa, solo y sin ayuda — Anna arruga la nariz a modo de desprecio

— . Ha pasado solo una noche y nos está complicando la vida.

— ¿Hace cuánto se conocen? — muy buena pregunta, señor Gabe.

— Hace un tiempo... — Sofia intenta evadir la pregunta.

— En realidad no lo conocemos, — interrumpe Anna —, ni un poco. Solo mantuvimos una conversación y decidimos mudarnos con él para poder alquilar un bonito lugar.

— ¿Estaban muy desesperadas?

Sofia se levanta en busca de un trapo para limpiar la sangre del rostro de Charlie.

— ¿A qué te refieres, vecino?

— Me refiero a que han de haber estado desesperadas para tomar la sonsa decisión de vivir con un completo desconocido. — Gabriel dice lo que se tiene que decir.

Sofia ya tiene un trapo en la mano, se acerca a Charlie, que aun yace en el suelo, y comienza a absorber la sangre.

— ¿Y ahora, que mierda te sucedió? Charlie, Charlie. — Anna quiere darle una patada en el rostro.

No le responde, al parecer, la presencia de Gabriel lo tiene inhibido. Cierra los ojos para que la buena de las hermanas pueda limpiarle el rostro sin muchos problemas.

— ¿Puedo saber qué ha sucedido? — Gabe sigue fuera de contexto, y no quiere dar con simples conjeturas de lo que pudo suceder.

— Nada, solo tuvo una recaída. — Sofia protege a su compañero.

— ¿Quieres morir, puto? — Gabriel desea golpearlo. Más que nada porque escuchó con total claridad las injurias que salían de la boca de Charlie.

— No te preocupes, pronto morirá — Anna se refiere al cáncer tanto que lo consume.

Gabriel ayuda a que se ponga de pie, tan solo bastó un poco de su fuerza para lograrlo. Sientan a Charlie en una silla, es en la que estaba sentado cuando jugaba la partida de ajedrez. El tablero no sufrió cambios, todavía se muestra el jaque mate que logró Sofia.

— Supongo que el ñoño perdió la partida. — Gabi es un adivinador innato.

— ¿Estás perturbado o enfermo? — pregunta Gabriel Acuña.

Charlie baja la mirada y no contesta. Se siente muy vulnerable. Se toca la herida de la frente, la que ahora está protegida con algodón y cinta médica, y siente un ardor difícil de soportar causado por el algodón humedecido de alcohol. Sofia no sabía con qué limpiar la herida.

— Yo creo que las dos cosas — contesta Anna —. Es un enfermo perturbado.

Gabi escruta a Charlie. Se percata de que tiene el rabo entre las piernas, es un perro asustado.

— Escucha...

— Charlie. — dice Anna.

— Escucha, Charlie. ¿Eres un golpeador de mujeres?

Sofia hace ademán para que el buen vecino se marche del lugar. Pero cambia de opinión, quizás es su oportunidad de conocer un poco más a su buen compañero.

— ¡No! — susurra Charlie con convicción.

— ¿Eres un loco de remate? — pregunta Gabe.

— ¡No! — contesta —. Solo soy una molestia para todo el mundo.

Anna se ríe.

— ¿Pretendes victimizarte? — Anna pierde la paciencia.

— ¿Qué sucedió con exactitud? — insta luego de que ignoraran la pregunta varias veces.

Sofia se encuentra sentada junto a Charlie. Se levanta del asiento y se aleja de él. Le es imposible no pensar la aberración de ser golpeada ante una reacción espontánea e imprevisible por parte de Charlie. De a poco el miedo se adueña de ella.

— Estábamos jugando al ajedrez. Yo fui quien ganó la partida. Bueno, Anna comenzó a escupir fechorías sobre su persona... — intenta ser reticente —. No tuvo una buena reacción, pero no es su culpa. Anna fue quien provocó todo esto, si hubiera mantenido la boca cerrada no estaríamos teniendo esta conversación.

— ¿Ahora soy la culpable de su pedo en la cabeza? — se enfada —. ¿De verdad lo defenderás? No lo puedo creer.

— Debemos apoyarlo, necesita de nosotras. — brama.

— Lo único que necesita este infeliz — hierve de furia —, es ir a un hospital para locos y que le coloquen la camisa de fuerza para que no lastime a nadie.

— ¿Tienes miedo, Anna? — pregunta Gabriel. Lo dice como si fuera un agente de la ley.

— Claro que tengo miedo — se indigna —. Es un loco de mierda.

Gabriel comienza a reír.

— No te preocupes — insta —. Míralo bien y entra en la cuenta de que en caso de que las ataque, les será muy fácil defenderse. Bueno, si tiene un cuchillo o un arma de fuego no creo que puedan hacer nada.

— Gracias por tus reconfortantes palabras — espeta Anna.

— Lo siento. — se levanta de la silla.

— Charlie, ¿Por qué tuviste esa reacción? — Sofia necesita saberlo de inmediato.

Charlie tiene la mirada clavada al suelo. Ensimismado es sus desconocidos pensamientos. No le responde.

— Respóndele a la dama, no seas irrespetuoso. — chasquea con los labios —. Debes ser un caballero.

No contesta, tampoco da indicios de querer hacerlo.

— ¿Ayer se mudaron, cierto?

— Si, es obvio que tuvimos un par de días para preparar el interior y mudarnos, pero ayer empezamos a vivir aquí.

— Les doy un consejo y espero que lo consideren.

— Escúpelo todo — dice Anna.

— Dejen de vivir con este tipo. Váyanse ustedes o que lo haga él — apunta a Charlie con el dedo —. Aunque sea un debilucho, y bastante, puede haceros daños en cualquier momento. Es mejor prevenir que lamentar, ya lo saben. Y si en su segundo día de convivencia tuvo esta reacción, no duden del hecho de que se comportará como un hijo de puta en un futuro cercano. Es por su bien.

— Anoche intentó suicidarse en su dormitorio — confiesa Anna.

Sofia se indigna de Anna ante la falta de respeto a la integridad ajena que esta presenta.

— ¿Eres un loco? — pregunta Gabriel a Charlie. Asqueado de su persona — ¿No piensas hablar?

Charlie se limita a guardar silencio. Sus ojos yacen clavados al suelo, como si estuviera viendo una buena serie en Netflix antes de irse dormir, hipnotizado. Gabriel sigue ladrando preguntas, pero su entorno solo escucha balbuceos insignificantes. Se ensimisma es sus pensamientos. Recuerda que su perro de la infancia, Ringo Star, mordió a un delincuente que intentaba robar la cartera a una anciana que caminaba abrazada de la serenidad por la calle. Ringo había destrozado la mano al adolescente, por poco se la arranca y la convierte en su juguete personal. Recuerda que la anciana, enfadada,

insultaba y golpeaba al adolescente que estaba tumbado en el suelo aullando de dolor. Ringo se había detenido. Cuando la anciana le dio unos cinco golpes con su bolso blanco de cuero al joven, vengarse fue su error, Ringo se lanzó de un salto al cuello de la anciana y comenzó a arrancarle pedazos de piel y carne hasta matarla. Fue un degollamiento tétrico e irregular. «— ¿Por qué a la anciana y no al ladrón? —» Se había preguntado. A medida que fue creciendo encontró la respuesta; crecer es duro y nos vuelve más sabio. «— Ringo distingue la verdadera maldad, el ladrón solo quería obtener el bolso de la señora sin hacerle daño, y la anciana tuvo la tonta iniciativa de lincharlo. El perro distingue la maldad, no le importa el contexto, la maldad es maldad. Un policía que asesina a un joven que roba para poder alimentarse, creo que ocurre mucho, no es más que un ser perverso, es amante de la maldad. De forma inexplicable, Ringo, fue sacrificado por ver la verdadera maldad—». Aquello le ha dejado una enseñanza, o es lo que cree.

— Todos estamos locos, todos somos malvados — parece que delira, pero solo es un comentario ordinario —. Pero si nos acoplamos a una locura común, nuestra maldad se transforma en bondad. No creo que yo sea un loco, al menos no tanto como tú. Un verdadero loco trata a otro de loco. Nosotros...

— ¡Cierra la puta boca! — exclama Gabriel. Su voz impetuosa y airada ante el “delirio” de su vecino retumba en la habitación.

Las hermanas se asustan. En cambio, Charlie, mantiene la calma sin siquiera mosquearse.

— Tú eres el loco, yo soy solo un tipo ordinario — dice Charlie como si susurrara.

— ¿Qué? — Gabriel cierra la mano y se prepara para golpearlo.

Anna contempla la situación.

— Mírate al espejo — se levanta de su asiento super tranquilo —, y te darás cuenta de que eres un loco.

— ¿Quieres ver que tan loco estoy? — desea golpearlo y romperle la boca.

— ¿Por qué te enfadas? — su tono de voz hace pensar que se está burlando —. ¿Acaso eres un loco, Gabriel?

Gabriel comienza a gritar palabrotas no aptas para infantes, también amenaza a Charlie con matarlo. Es un toro suelto en las calles de Madrid, corriendo y listo para arrojar por los aires a un estúpido troglodita de la sociedad.

Charlie ha jugado con la paciencia, y tal vez, con su la cordura de Gabriel. ¿Un maestro del engaño? ¿Un maestro manipulador?

— ¿Eres un loco, Gabriel? — ríe.

Anna se deleita ante el comportamiento de su compañero, pensaba que solo sería un niño llorón. Lo observa, sus ojos enfatizan cierto estado de burla. En lo físico, Charlie, no tiene oportunidad alguna de salir victorioso. Gabriel, sin dudarlo, lo noquearía de un solo golpe. Cabe destacar que parece ser del tipo de persona que solo piensa con sus insípidos músculos. Recurre a la violencia cuando se siente enjaulado en su propia ignorancia.

Charles, Charly. El maldito ñoño tiene fortaleza mental, demuestra que no es un cobarde. O quizá, en realidad es un loco de remate. Renuente ante el sentido común, sabe cómo enfrentar a quienes pretenden devorarlo. Una lástima que no lo haga con la vida en general.

— ¿Quieres golpearme? — suscita.

— ¿Puedes cerrar la boca, Charlie? — propone Sofia.

Sofia se interpone en el corto camino que tiene Gabriel para poder golpear a su provocador. En un momento se asusta, detener a alguien que le dobla el tamaño y triplica su fuerza, tal vez sea más, es una tarea imposible. Puede ser devorada sin la necesidad de utilizar algún esfuerzo.

Gabriel se planta frente a Sofia, quien tiene sus brazos estirado para guardar un poco de distancia, y nota que le tiemblan los brazos. Con una de sus enormes manos toma el brazo derecho de ella. Anna piensa, también Sofia y Charlie, que el vecino grandote y musculoso la hará volar por los aires.

— Lamento haberte asustado — dice Gabriel.

Le vuelve el aire al cuerpo. A todos.

— No... — traga saliva. Sofia pensaba con certeza que el brazo le seria arrancado de un tirón.

— Logré notar que temblabas de miedo — se muerde el labio inferior, no a modo de seducción, sino, a modo de vergüenza —. Las cosas casi se salen de control.

— ¿Eres un loco, Gabriel? — pregunta Anna. Burlándose. Indiferente.

Gabriel le clava los ojos, intenta salir del trance de furia que le invade. Y lo logra. Al final, lanza una carcajada.

— Como dijo Charlie, todos estamos locos. — Lo observa. Aun siente ganas de darle su merecido, de alguna manera necesita desquitar su enfado.

Charlie hace ademán para hablar, pero es interrumpido por su ángel de la guarda, Sofia. Le tapa la boca con ambas manos, en realidad le agarran los labios como si le hubieran colocado un broche para colgar la ropa.

— De acuerdo, — Gabriel se dirige a la puerta principal —, mejor me marchó de aquí para que las aguas se calmen. — chasquea con los labios —. Si el loco de Charlie tiene uno de sus ataques de estupidez absoluta, no duden en llamarme. — sale del departamento.

Sofia asiente y le toma la palabra. Anna hace muecas con la boca, también asiente, satisfecha y sorprendida por el comportamiento de Charlie.

— Pensé que iba a romperte la cara — dice Anna con impía.

Gabriel ingresa a su departamento. La decoración del interior es insípida, paredes blancas y baldosas grises. El techo es de Durlock blanco. Es como estar en una habitación de manicomio, solo le falta la camisa de fuerza y tener las paredes acolchonadas. Al entrar cierra la puerta con fuerza, el estruendo se oye a varios metros de distancia. Tiene un puff color rosa, una de las pocas cosas que le da vida a un lugar tan sucio de blanco, y se lanza sobre él. Cae de espalda. Observa su reluciente techo blanco, brillante por la luz del ocaso que entra por la ventana del balcón, y suspira quedamente. «—¿Estás loco, Gabriel? —» Recuerda a Charlie. Aún tiene la necesidad de golpearlo hasta dejarlo inconsciente. Pudo hacerlo, pero la presencia de sus vecinas hizo que se abstenga de su sed de salvajismo.

Se levanta del puff. Camina hacia su habitación, sigue suspirando. Traspasa la puerta y busca unas vendas en el cajón de su ropero. Se las envuelve en sus manos, chasquea con los labios y mueve su cuerpo como si estuviera por bailar. Se saca la remera. Abre la ventana del dormitorio para tener un poco de aire fresco, escupe a través de ella hacia el exterior del edificio. El escupitajo caerá, quizás no, en la cabeza de alguien que camina bajo el edificio. No le importa, en realidad, lo hace a propósito.

Abre la boca como si fuese a morder un alfajor triple. Mueve la mandíbula y saca la lengua, comienza a moverla como si estuviera practicando sexo oral a una mujer. Piensa en Charlie, proyecta la imagen en su mente, y emprende su camino a la relajación. Golpea su bolsa de boxeo con gran brusquedad. Derecha, izquierda, gancho, patada, cabezazo, rodillazo. Grita a modo de resiliencia, la saliva le cae como a un bebé, o como a un perro con rabia. Su cuerpo es invadido por el calor. La transpiración le corre por las sienes. La respiración se le agita, pero prosigue con su método de desahogo. Lanza insultos y palabras ininteligibles con pudor. Gime y gruñe. Piensa en Charlie, desea que él sea la bolsa de su desquite.

— ¡Ese maldito...! — exclama. Se detiene y coloca las manos en sus rodillas. La respiración se le agita, por lo que toma grandes bocanadas de aire para librarse de su ahogamiento.

Se tumba y se siente en el suelo. La luz del sol desaparece de a poco. En la ciudad comienza a oscurecer, en verano, a las 9:30 pm. Sale hacia la cocina para tomar agua fresca e hidratarse.

— ¡Lo que faltaba! — Se irrita al notar que no tiene ninguna botella de agua dentro de la heladera. Deberá tomar agua a temperatura ambiente, el problema es que el ambiente durante el día es invadido por un estrepitoso calor.

Saca del congelador una tableta con cubos de hielo. Se sirve agua, en un vaso, directo de la canilla. Introduce un par de cubos de hielo, y se sienta en su sillón blanco junto a la puerta principal.

— Debo proteger a mis vecinas — se dice —. Debo ser parte de su entorno social, deben confiar en mí.

Se levanta del sillón.

— Si les pasa algo — bebe un sorbo de agua —, me sentiré culpable por no evitar lo evitable.

Se vuelve a sentar en el sillón.

— Mañana debo ir a visitarlas. Charlie no me da un buen augurio.

De pronto recuerda un comentario de Anna: «— Anoche intentó suicidarse—». No recuerda las palabras exactas.

— Tan solo llevan un par de días con ese sujeto — habla consigo mismo —. Ese maldito sujeto.

Comienza a morderse las uñas de la mano derecha.

— Vivir con un descocado... — suspira —. Claro que lo recuerdo. — hace referencia a la experiencia que tuvo hace un par de años. Había compartido departamento con un sujeto que buscaba con desesperación a un compañero para economizar su bolsillo. Vivió con ese sujeto un año. Fue una experiencia ordinaria, sin mucho resplandor. Los días allí fueron bastantes tranquilos. El sujeto se graduó en la Facultad de ciencias políticas. Luego, según lo que le han contado, se fue a vivir a un pueblo en la provincia de Santa Cruz – Argentina.

— Mi compañero desconocido no era un loco de remate. Que mala suerte han tenido mis nuevas vecinas.

— Loco. Maldad. — recuerda el momento delirante de Charlie —. Locura y maldad. No, no van de la mano. La locura y la maldad tienden a ser sinónimos en boca de la sociedad por tan solo mera ignorancia. Locura y maldad. Agua y aceite. Socialistas y capitalistas.

El sol ya desapareció. Es hora de dormir hasta que la luz del alba le alumbre el rostro.

Ya en la cama, tapado solo con una sábana, se propone a ser la mano derecha de sus nuevas vecinas. Charlie parece ser un niño cualquiera con alergia al deporte, antisocial y medio sociópata. No debe subestimarlos, puede tener varios trucos bajo la manga. Es probable que no tenga intenciones de dañar a las personas con quien ahora convive, quizá, tiene un trauma de la infancia que le hace tener un comportamiento errático y pedante.

— Ellas me necesitarán — asiente —. Debo hacer que confíen en mí, debo evitar lo peor.

— Dicho esto, se duerme con el deseo de volver a despertar.

— ¿De dónde sacaste ese valor para enfrentar a Gabriel? — pregunta Sofia. Para ella, ver la forma en la que se plantó con el vecino, fue como ver a una víctima de bullying defenderse.

— Creo que tu presencia me ha fortalecido — contesta Charlie.

Anna abre los ojos, sorprendida por lo que acaba de ver. Charlie le coquetea a su hermana, o eso es lo que cree.

— ¿Eso es algo bueno, Charlie? — arquea las cejas. Mira a Anna, se da cuenta que piensan lo mismo.

— Creo que es algo muy bueno — su coqueteo es muy implícito.

Anna comienza a reír.

— No te conviene enamorarte de mi hermana — advierte Anna.

— ¿Por qué?

— Te romperá el corazón — gesticula tristeza —. Además, no eres de su tipo.

Sofia arruga la nariz y chasquea con la boca. Hace notar su enfado por las palabras de su querida hermana.

— No me refería a eso — aclara Charlie —. ¿Por qué me enamoraría de tu hermana?

Anna visualiza a su hermana, quien le clava una furtiva mirada, y le lanza un beso burlón.

— Porque es una mujer hermosa.

— Si, en eso estoy de acuerdo — Charlie comienza a reír.

Sofia se siente alagada, hace mucho no le dicen que es una persona hermosa. Se sonroja un poco. Se siente extraña ante la situación, ya que, hace un instante, Charlie había perdido todos los estribos y había actuado como un animal salvaje a punto de ser capturado. Ahora está sentado como si nada hubiera pasado, indiferente.

— ¿Ignorarás todo lo que ocurrió hace un momento, Charlie? — encara Sofia.

Charlie decide no responder. Se limita a mirarla de forma monótona.

— ¿No tienes nada para decir?

— ¿Y yo que puedo decir?

— Puedes explicarnos por qué tuviste esa loca reacción, de golpearte contra la mesa y etcétera. También, si eres consciente, puedes disculparte.

Charlie se levanta de su asiento, comienza a entrar en razón y comienza a asentir ante las palabras de su buena compañera. Se da cuenta que ha sido un estúpido. Se disculpa con las hermanas: «— Debo admitir que mi comportamiento no fue el adecuado. Soy consciente de que he actuado como un loco de remate, la verdad es que no tengo la menor idea porque tuve la reacción que tuve. — apunta a Anna —. Tú, debes admitir que incitaste todo. Tus comentarios actuaron, es su forma poco convencional, como el detonador de mi desdichada reacción. Debes aprender a cerrar la boca. —».

— ¿Yo soy la culpable de tu estupidez? — detesta que la acusen sin sentido aparente.

— Anna, mejor vete a dormir. — impone Sofia.

— Iré, solo porque tengo sueño, no porque tú lo digas.

— Vale. Solo lárgate de aquí.

— ¿Tendrán sexo mientras yo duermo? — levanta la voz casi como un grito.

Sofia y Charlie se miran por lo que Anna insinúa. Esta, al notar que se miran entre sí, se responde: — Claro que tendrán sexo mientras duermo. Y apenas se conocen. Usen protección.

— Cierra la puta boca, Anna.

Anna lanza una carcajada y marcha a su dormitorio.

— Creo que tu hermana es la loca, no yo. — Comenta Charlie.

— Comparto ese comentario. Es una loca odiosa, ya no la soporto.

— Debo disculparme contigo, eres una buena persona.

— ¿Por qué tuviste esa reacción?

— No sé qué responder.

Guardan el silencio por un breve instante.

— ¿Eres bipolar, Charlie?

— No lo creo. No lo sé. La verdad es que no tengo excusa alguna para darte. Debo admitir que a veces no puedo controlar mis espontáneas reacciones. Pero no deben preocuparse, nunca he lastimado a nadie. Me lastimo a mí mismo.

— ¿Esta noche intentarás suicidarte? — una pregunta preocupante.

— ... — no responde.

Tiene miedo de despertar e ir a la habitación de él y encontrarlo muerto. Se le hace difícil que sentimientos se romperán o perturbarán si visualiza una escena de esa magnitud. Puede encontrarlo ahorcado, con las venas de las muñecas cortadas o con un disparo en la sien. Sabe que Charlie tiene serios problemas en su día a día y quiere ayudarlo a compartir el peso de ello.

Cuando se conocieron, en el colectivo, no solo se asoció con él para poder vivir en un buen lugar y economizar el bolsillo, supo desde un principio, cuando se enteró de la enfermedad que padece, que tendría el compromiso de apoyarlo y cuidarlo hasta que muera o se sane.

— Prométeme que esta noche estarás en paz... — insta —. Empezamos con el pie izquierdo, sé que no quieres que nuestra convivencia se transforme en un mal augurio.

— De acuerdo, no haré nada extraño.

Ambos bostezan, fatigados, y deciden irse a dormir. Cada uno en su respectivo dormitorio.

— Iré a dormir, Charlie.

— Si, yo haré lo mismo.

— No hagas nada fuera de lugar, Charlie. — lo mira con recelo.

Charlie solo menea la cabeza, negando el hecho de que cometerá un acto poco vanidoso.

— ¡Buenas noches! — exclama Charlie.

— ¡Buenas noches, Charlie!

Espera a que entre al dormitorio para luego ir al suyo (Sofia). Al entrar, cierra la puerta y se queda solo con su extraño mundo. Sofia entra a su dormitorio y se le pasa una idea típica de un padre que quiere mucho a su hijo y se convierte en una persona controladora y asfixiante: — No tiene que cerrar la puerta — se dice a sí misma.

Sale trotando hasta el dormitorio de su fiel compañero. Casi abre la puerta sin golpear como si tuviera el derecho de invadir la privacidad las veces que se le antoje. Se detiene justo a tiempo.

— ¿Charlie? — llama mientras da unos golpes en la puerta.

No recibe respuesta.

Pega su oreja izquierda en la puerta de madera para intentar escuchar que sucede del otro lado. Capaz ya se durmió y por eso no responde, pero eso sería muy rápido e imposible.

— ¿Charlie? — llama de nuevo y no recibe respuestas.

Nota que la luz del dormitorio está encendida, el brillo resplandece debajo de la puerta, y cierra los ojos para llevar toda su concentración a su audición. Necesita poder darse una idea de lo que sea que esté haciendo el maldito Charlie.

— ¿Charlie? — insiste con voz queda, seguido de unos golpes en la puerta. Nadie responde.

Se preocupa. Se le pasa la idea de que puede estar ahorcándose. Pero, a pesar de ese tóxico y posiblemente acertado pensamiento, decide no ingresar sin el consentimiento de su compañero.

Comienza a escuchar ruidos extraños. Son ruidos algo sordos y poco deducibles. ¿Gemidos de dolor o llanto? No sabe que pensar. Cree que son sollozos del llanto, al menos es lo que le hace pensar. Decide esperar un poco más, quizá, Charlie no quiere que lo vean en una situación decadente y muy personal.

Separa su oído de la puerta. Pasan unos segundos y de forma inconsciente vuelve a pegar su oreja para escuchar otra vez el confuso sonido que sale del dormitorio. Tiene sus dudas.

Escucha un ruido extraño, sollozos y gemidos. Lo primero que piensa es que Charlie se está ahogando o ahorcando. Se decepciona y enfada porque Charlie hizo la promesa que la noche sería pacífica. No lo piensa más e ingresa al dormitorio con determinación.

— ¡Qué demonios! — grita Charlie. Hace un movimiento extraño y se cae de la cama.

Sofia se tapa los ojos y se sonroja de vergüenza. Su querido compañero se estaba masturbando. Tenía los auriculares puestos, ello fue la causa por la que no recibía respuesta alguna. No le vio el pene, pero sí vio la mano subiendo y bajando de forma descarada a tal punto que gemía de placer.

— ¡Lo siento! — se siente culpable por invadir la privacidad de su semejante —. No quise... No era mi intención... Pensé que estabas intentando terminar con tu vida.

Charlie se tapa la cara con la almohada. Siente una gran vergüenza. No dice nada.

— ¿Qué sucede? — entra Anna. Desesperada y algo asustada.

— Nada, no pasa nada. Vete a dormir. — Sofia no quiere dar explicación alguna.

Anna vuelve a su dormitorio, el sueño que tiene es tal que no desea permanecer un segundo más despierta, y no hace ninguna pregunta más. Solo se queja.

— Bueno, perdón. No quise invadir tu privacidad — dice avergonzada.

— ¿Qué necesitabas?

— Nada. Solo quería decirte que me gustaría que mantuvieras la puerta abierta por las noches.

— De acuerdo. Ahora vete a dormir — dice, enfadado. Es que bueno, lo vieron masturbándose. Todo hombre lo hace, claro que sí, y su peor miedo es ser descubierto en pleno acto.

Sofia sale sin decir nada. Solo se siente culpable. Entra a su dormitorio y se lanza a la cama. Es momento de dormir.

— ¿Sobre qué hablan ustedes dos? — pregunta Anna al salir de su dormitorio. Su querida hermana desayuna junto a Charlie, están bebiendo café con leche, y hablan muy bajo, casi susurrando.

Sofia le pedía disculpas a Charlie por el imprevisto de la noche. Ambos sintieron vergüenza al tratar sobre el tema. Sofia le explicó que su interior maternal fue la responsable de actuar de tal forma; en el afán de querer proteger se rompen las líneas de la privacidad por culpa de simples conjeturas.

— Nada que sea de tu incumbencia, Anna — contesta.

— No solo somos simples humanos charlatanes y decadentes — delira Charlie —, somos más que eso, en el silencio y con el uso de pocas palabras podemos decir demasiado. No lo entenderías.

Anna mira a Sofia. Ambas se ríen ante el comentario filosófico de su compañero.

— ¿Estás bien? — pregunta Anna a Charlie.

— Todos estaremos bien, siempre y cuando estemos con vida. — responde. Al principio parece un comentario sarcástico, pero no lo es.

— Cada vez me sorprendes más, eres una mala sorpresa — se ríe sin ganas, una risa falsa —. ¿Y, anoche tuvieron sexo?

Sofia suspira de rabia, su hermana jamás se detiene ante la repudiable acción de hacerle la vida lo más miserable posible. Siempre ha odiado a su hermana, la detesta sin pudor. No es el típico odio entre hermanos que se pelean constantemente y a la vez se aman de forma incondicional, es un odio profundo y peligroso. Tienen 4 años de diferencia (Sofia tiene 22 y Anna 18). Ser la hermana mayor siempre le pareció un rol detestable, tener que proteger y consentir a la pequeña de la casa le ha robado la infancia. No tenía tiempo para disfrutar de la tan deseable soledad y tranquilidad, Anna estaba encima de ella todo el tiempo. Compartían habitación, claro está, y la tan deseable privacidad no fue un derecho que pudo disfrutar. Su deseo más profundo siempre fue irse de la casa e irse a estudiar lejos y poder vivir sola. Al final, no ha podido librarse de su odiosa hermana, claro está. Es perseguida por una clase de maldición que se llama “hermana”. Los padres no tienen el dinero suficiente para mantener a dos personas. Siente estrés cada vez que Anna abre la boca, la odia de forma incondicional. En su mente trasciende el pensamiento de que le ha arruinado la vida. Ha hecho que odie la vida. Enfrentó a sus padres para tratar el tema de que no quería seguir viviendo con su hermana, Anna había terminado el secundario y quería estudiar una carrera universitaria, y le dejaron en claro de que si no quería vivir con Anna que se fuera a trabajar para pagarse todo ella misma. En un principio tuvo intenciones de hacerlo, pero en el mundo actual existen tres clases de personas: el que tiene mente emprendedora e ingeniosa y es capaz de llegar lejos sin estudios, otros viven para dejar un legado en la humanidad o en la historia, y el que no sabe qué hacer con su vida y estudia una carrera solo porque, por lo que la gran mayoría supone, ganarán buen dinero; venden su tiempo por dinero. Los contadores públicos y los abogados tienen una vida insípida. Rompen sus sueños para ayudar a cumplir los de otros.

— Tu hermana me vio masturbándome — dice Charlie. Es un comentario fuera de lugar.

— ¿No te hizo un oral? — pregunta sorprendida.

— No.

— ¡Claro que no! — grita airada. Sofia se sonroja de rabia —. Mejor cierra la boca o vete a donde tengas que ir.

— Tengo que ir al baño.

Charlie se ríe con sigilo.

— ¿Y tú de qué te ríes? — Sofia lo nota —. ¡Eres un idiota! Jamás debes de contarle algo así a mi hermana, se vuelve en una persona super odiosa y repugnante.

Anna escucha los gritos desde el baño. Se ríe. La molestará hasta el aburrimiento, claro está.

— Perdóname — susurra Charlie —. No puedo controlar las palabras que salen de mi sucia boca.

— ¡Si, claro! — exclama. Camina con pasos furiosos y rápidos hacia su habitación para buscar su bolso de cuero marrón y una campera celeste de la marca Adidas. Sale del departamento, cierra la puerta como si quisiera romperla. No se despide de nadie.

— ¿El loco soy yo? — pregunta a Anna — ¿He hecho algo malo?

— No te preocupes, Charlie el demente. Solo se enfada porque sabe que le molestaré hasta cansarme, como siempre lo he hecho. Es una tarea que vengo haciendo desde que tengo memoria, y no pienso detenerme.

— ¿Tu tarea es hacerle la vida imposible?

— Exacto. Esa es la tarea y obligación que me ha dado vuestro dios todopoderoso.

— Eres una mala persona.

— Y tú eres un loco. Ambos somos seres incorrectos, Charles.

— ¿Charles?

— ¿No es ese tu nombre?

Charlie se queda en silencio, confundido.

— No. Mi nombre es Charlie, a lo croto — comprende a que se refiere, Charlie es el común denominador de Charles.

— Entonces es el nombre perfecto para alguien como vos — se burla — ¿Qué tipo de porno veías cuando mi hermana te atrapó masturbándote? — adopta una postura seria.

— Eso no es de tu incumbencia — levanta la ceja izquierda.

— ¿Lesbianas? ¿Sexo anal? — dibuja una sonrisa y dice con certeza —. Ya sé, Hentai.

— No, veía porno normal. — se ruboriza.

— ¿Y qué es lo normal?

— No tienes que irte a la universidad — cambia de tema —. Falta poco para que sean las 9 am.

— No seas tan tímido — mira el reloj de Mickey mouse es su muñeca —. Bueno, desayunaré en la facultad. ¿A qué hora debes irte a trabajar?

— Yo entro a las 9:30 am, todavía tengo tiempo para ducharme y etcétera.

— Tienes tiempo para terminar de masturbarte — lanza una carcajada. Anna tiene un humor bochornoso, claro está — ¿A qué hora sales de trabajar?

— ¿De dónde sale tanta curiosidad? — pregunta Charlie.

— Solo preguntaba por preguntar. — coge su mochila Wilson color azul y, al salir del departamento, dice: — Espero no tengas un ataque de locura y prendas fuego el departamento.

— Esperemos que no suceda — dice cuando Anna cierra la puerta.

Charlie se queda solo. Sentado, con la mirada perdida, en un viaje astral.

Suena la alarma. Son las 8:20 am.

Gabriel se despierta y apaga la alarma que suena desde su celular. Es una persona que hace deportes, como pocos, y no se le dificulta abandonar la cama en la madrugada.

Sale sin vestirse hacia la sala y se dirige a la heladera para ver que tiene para desayunar. En una persona que prefiere consumir comestibles fríos. Coge un vaso de Yogurt con cereales. Se toma su tiempo para devorarlo por completo.

Luego de asearse, lo que cualquier persona hace a diario, comienza a golpear la bolsa de boxeo. Primero se asea y luego le da golpes a la bolsa, es un tanto incoherente ya que mientras golpea la bolsa transpirará. Cualquiera diría que le gusta emanar cierto hedor para que las personas no se le acerquen, o quizá, es un poco lento y no se da cuenta de su humilde ignorancia.

«Yo no quiero ser lento, vamos directo al grano».

Gabriel sale del departamento para ir al gimnasio, es donde trabaja. Probablemente el ambiente en el que trabaja sea la razón de querer emanar cierto hedor para poder enfatizar con otros gorilas levantadores de hierros, capaz pretende ser el líder de la manada. En realidad, es para demostrar e inspirar a quienes entrenan para que se ejerciten en todo momento, que se planteen una rutina, y que dejen de ser gordos sedentarios.

Entra en el ascensor y se encuentra a Sofia, su vecina, llorando.

— ¿Oye, que te sucede? — pregunta sin saludar.

— Nada. Son sandeces mías — esquivo la mirada de su prójimo y se seca las lágrimas con la muñeca.

Gabriel se siente airado al pensar en el hecho de que el loco de Charlie sea el responsable de las lágrimas de su hermosa vecina.

— ¿Charlie? — el tono de voz da a entender que pretende adoptar una postura vengativa.

— ¡No! — Sofia se da cuenta de que pretende ir a golpearlo, al parecer no supera la rabieta de la noche — Es por mi hermana, Anna.

— ¿Anna? — se sorprende y a la vez se siente confundido — Pero...

— Es una estúpida — interrumpe —, me hace la vida imposible desde que somos unas niñas. Ya no la soporto.

El ascensor llega a la planta baja.

— ¿Se puede saber que...

— ¿Tienes hermanos? — vuelve a interrumpir.

— No — contesta. Aun se siente confundido —. Soy hijo único.

— ¡Que suerte tiene! — exclama con envidia —. No sabes todo lo que daría por ser hija única.

Salen del ascensor.

— Debo ser sincero contigo — Gabriel siente que el momento para enfatizar con su vecina, necesita que confíe en él —. Tuve un hermano, Luis, murió hace 6 años.

— Lo siento — queda impactada —. No quería actuar como una idiota, solo que... bueno... Uno cuando se enfada suele decir estupideces.

Se quedan unos minutos en el vestíbulo del edificio, parados. Conversan un poco más. Gabriel da en el clavo, Sofia logra enfatizar luego de contarle aquello. Cabe lamentar que, para Gabriel, la muerte de su hermano Luis no es una mentira. Desearía que fuese una vil mentira. «Pero, no le cuenta la historia al pie de la letra.

— Descuida, a todos nos pasa.

— ¿Qué le sucedió a tu hermano? — la curiosidad le gana —. Disculpa por preguntar sobre ello.

— Un accidente de automóvil. — traga saliva.

Sofia guarda silencio.

— Yo manejaba hacia mi casa, en Malargüe, había ido al dique con mi hermano y unos amigos — continúa — pasamos la tarde tomando unos tragos de fernet con coca cola, un melón con vino... Bueno, se hizo de noche, yo en ese momento no tenía la licencia para conducir y le saque el auto a mi padre (ellos se habían ido de vacaciones), y marchamos del dique hacia el pueblo... — guarda silencio por un instante —. Veníamos borrachos y, y sin darme cuenta, chocamos de frente contra un árbol.

— ¡Mierda!

— Si. Fue una mierda — se reprocha el recuerdo de aquel momento —. Éramos cinco personas y... estás hablando con el único sobreviviente.

Sofia queda atónita. No sabe qué decir por lo que se limita a guardar silencio. No puede comprender la situación de su vecino, seguro la culpa lo carcome, ya que nunca ha vivido una situación de tal magnitud.

— ¿A dónde vas? — Sofia irrumpe con el incómodo silencio que se formaba.

— A trabajar — ve que Sofia hace ademán para hacer otra pregunta, y deduce con certeza las palabras que iba a lanzar: — En un gimnasio.

— Ya veo de donde sacas toda esa masa tuya — con la mano hace bolas como si fueran músculos.

Ambos ríen.

— ¿A dónde vas tú? — pregunta Gabriel.

— Tengo que ir a la facultad, a la de Economía.

Gabriel iba a preguntar qué carrera estaba haciendo, pero es una pregunta que cansa a los estudiantes. Decide abstenerse y no ser parte de esa gentuza irritable con sus preguntas abstractas.

— La maldita Uncuyo.

— ¿He? — Sofia queda fuera de contexto.

— ¿Es en el campus de la Uncuyo?

— Ah, sí. La maldita Uncuyo — repite el comentario de su compañero.

— ¿Quieres que te lleve? — Gabriel tiene un buen gesto.

Sofia desea estar sola, no quiere hablar con nadie. Aún sigue enfadada por culpa de su hermana. Anna no le hizo nada de gravedad, solo es el rencor y el odio que se fueron acumulando a lo largo de los años lo que hace que el resentimiento sea estrepitosamente grande.

— Está bien, no quiero ser una molestia — se hace rogar.

— No es ninguna molestia — dice lo habitual.

— De acuerdo — acepta la propuesta —. Solo iré contigo con una condición.

— ¿Cuál es la condición? — se entusiasma.

— Quiero silencio durante todo el camino a la facultad. — impone.

Gabriel asiente y acepta. Con tal de poder llevarla habría aceptado comer mierda de perro. Siente que tiene el propósito de protegerla y, cuando una persona tiene un propósito, es capaz de hacer cualquier cosa con tal de cumplirlo.

Anna sale del edificio de departamentos en el que vive. Escruta todo el entorno exterior del edificio y, para su grata sorpresa, ve a su hermana subir a un auto con un completo extraño. Lo ignora, Sofia ya es grande y se supone que sabe lo que hace. Revisa su mochila para constatar que no se olvida nada de importancia. Se olvida de su preciado celular, ¿qué haría un adolescente si no tiene ese pequeño aparato? La respuesta es: grandes cosas. La costumbre de ella es tomar el colectivo para ir a la facultad de arte. Debe ir a buscar su celular, se siente obsoleta sin ese aparato tan extraño, y se olvida de si pasa o no el colectivo.

Vuelve al interior del edificio y sube al piso de su correspondiente departamento utilizando el ascensor.

Llega al piso, camina hasta la puerta del departamento y coge la perilla para abrir la puerta. Gira la perilla para que la puerta se destrabe y pueda abrirse «— ¿Tendrá la cerradura puesta? —» piensa. Pero no, la puerta se abre como si cualquiera en el exterior tuviera derecho de ingresar. Recuerda que no colocó cerradura porque Charlie se encuentra en el interior, es el gnomo de protección.

Traspasa la puerta.

Charlie yace sentado en la misma silla que estaba hace un rato. No ha movido un pelo, la posición es la misma. Parece la típica estatua que conmemora la memoria de un ser importante en una plaza, solo que Charlie no es alguien de importancia. Nota que tiene la mirada distraída y perdida. Ensimismado en sus pensamientos, los cuales son un gran misterio, no nota la presencia de Anna. Parece que duerme con los ojos abiertos, la mirada es un poco intensa, como si fuese capaz de penetrar el alma.

— ¿Charlie? — pregunta, algo preocupada. Tiene la impresión de que tiene a un muerto frente a ella.

No le responde. Parece que ha abandonado la dulce vida. Pero para su fortuna, Charlie da señales de vida al suspirar como un animal viejo y agotado. El trance que tiene es tal que parece que estuviese drogado con alguna sustancia alucinógena.

— ¿Charlie? — insiste con un grito.

Tiene los ojos abiertos. «— ¿Sera su forma de dormir? —» se pregunta. Nunca lo ha visto dormir, asique supone que es de esas extrañas personas que duermen con los ojos abiertos. Chico raro.

Se acerca a él con lentitud y chasquea los dedos a solo unos centímetros de la cara. No se mosquea. Nuevamente chasquea los dedos... y no logra nada. Se impacienta y grita a los cuatros vientos el nombre de él para que se despierte de una vez por todas. Y, como ustedes imaginan, se despierta dando un salto de la silla.

— ¿Qué sucede? — de a poco vuelve en sí.

— ¿Estabas durmiendo? — ríe —. ¿O estas dopado con alguna sustancia extraña?

— Me gusta el poxiran — contesta, super serio.

Anna no sabe si creerle o no, la forma en que le contestaron la descolocaron por completo.

— ¿Lo dices de verdad? — se siente incrédula.

— Como crees — lanza una carcajada —. Solo estaba en un viaje astral. ¿Sabes de que se trata?

— No — blanquea los ojos —. Tampoco quiero saber de qué se trata. Cada loco con su tema.

— ¿Has olvidado algo?

— Es la única razón por la que he vuelto — entra en su dormitorio y escruta entre su desordenada cama repleta de ropa sucia y cosas femenina. No lo encuentra, se desespera, y se extraña por no encontrarlo allí. No se le ocurre otro lugar, al despertar apagó la alarma y salió del dormitorio sin el celular.

— ¿Qué buscas? — grita Charlie, que escucha los ruidos de frustración provenientes de Anna.

— ¡Mi maldito celular! — dice, irritada.

— Está arriba de la heladera.

En un principio no le cree, pero va de todas formas a verificar si es allí donde se encuentra el celular. Y así es, el celular descansa sobre la heladera. ¿Cómo? ¿Cuándo? Las preguntas se sobrepone en su cabeza, no recuerda haberlo dejado allí.

— ¿Cómo supiste? — pregunta, recelosa ante la situación.

— Desde mi posición se puede ver con claridad — contesta sin que le den espasmos nerviosos.

Anna se siente desorientada, no recuerda para nada salir con el celular luego de levantarse de la cama, y no puede evitar sospechar que Charlie ha cogido el celular y lo ha colocado sobre la heladera. «— ¿Me estaría espiando? —» se pregunta. Se siente incomoda al pensar que su privacidad es corrompida. Un celular guarda información muy personal del respectivo dueño. Pero, para su fortuna, el celular se desbloquea con la retina del ojo. Es increíble que esa tecnología, antes utilizada en bancos de primerísima seguridad, sea empleada en esos pequeños aparatos de consumo masivo.

Ensimismada en sus conjeturas, sale del departamento sin dirigirle la palabra y la mirada a su compañero.

Mientras tanto, Charlie vuelve a su estado de ensimismamiento astral.

Camino a la facultad, Gabriel y Sofia paran en un semáforo repleto de limpiavidrios; en la actualidad se los considera delincuentes debido a todos los robos que han ocurrido bajo el lema de “Soy limpiavidrios”.

— ¿Quieren? — dice uno de esos seres curiosos, mostrando la botella con agua y jabón como si fuera un anillo de oro. No hay que discriminar, es un trabajo, un rebusque —. Amigo, tiene el parabrisas muy sucio. — dice con acento villero.

— No, gracias — responde con total amabilidad.

El limpiavidrios ignora las palabras y lanza un chorro de agua con jabón al parabrisas, lo hace sin el consentimiento de su, ahora, obligado cliente. Saca de su mochila, como si desfundara una espada de guerra, el típico objeto para limpiar vidrios, claro está. Le da unas 6 pasadas y lo deja reluciente, la verdad es que el limpiavidrios tenía toda la razón, necesitaba una limpieza.

— ¡Muchas gracias! — agradece. Tiene todo el derecho de enfadarse e insultar al tipo que ha arremetido contra su voluntad de negación, pero no lo hace.

— De nada, amigo — coge los \$50 argentinos que le extiende Gabriel —. Las Malvinas son argentinas, wacho. — el villero hace referencia a la ilustración que presenta el billete.

En un principio no pretendía pagar nada. Pero no le quedaba otra opción, estos chicos tienen la reputación de ladrones y de vengativos; esto último hace hincapié en que rayan el auto con un clavo. Es mejor darles un billete para evitar problemas.

— Un villero culto — comenta Sofia.

— Por un momento pensé en romperle la cara. — dice, serio como un militar.

— Eres un salvaje.

— Pensé que no querías hablar durante todo el camino — le hace recordar la condición que ella impuso —. Si no cumples con lo que dices...

— Cierra la boca — interrumpe —. Hiciste que mi estado de colera reincida. — no es una broma, vuelve a enfadarse. Es una persona que se enfada con facilidad. Anna ha hecho que su estado de animosidad sea sensible a la rabieta, años y años de fastidio corrompen la cordura y en ello transciende la inestabilidad emocional.

Gabriel mantiene la boca cerrada, es mejor mantener el silencio y así evitar que el fuego arda con mayor intensidad. Enciende el estéreo del auto, conecta un pendrive, y la canción que comienza a sonar es una canción hermosa e inolvidable: Imagine – John Lennon.

Ambos disfrutan el viaje con la melodiosa sinfonía de la voz y la guitarra de Lennon. Disfrutan el paisaje verde al entrar al campus de la universidad. Una pequeña brisa refrescante entra por la ventanilla, en la de ambos, y se siente como un mágico día de vacaciones en un balneario. La brisa del viento y su frescor tienen la misma sensación de armonía que sentimos cuando ingresamos a un jacuzzi de aguas termales en invierno.

Llegan a destino.

— ¡Muchas gracias! — exclama Sofia al salir del auto.

— ¡Cuando quieras! — se ofrece como voluntario para ser el chofer personal de ella.

Sofia camina unos pocos pasos y se aleja brevemente del auto, y de pronto se da la vuelta y comienza a gritar a Gabriel para que se detenga; apenas bajó del auto, Gabriel no se disponía a perder ni un segundo más, esperó a que ella se diera la vuelta para poder marcharse cuanto antes de allí.

— ¿Cómo puedo pagarte el viaje?

— Con un “gracias” ya es demasiado.

— Toma mi número de teléfono — extiende un papelito —. Llámame cuando quieras.

Se limita a asentir con la cabeza. Coge el papel y mira el contenido, un maldito número de teléfono. Vuelve la mirada hacia la ventanilla en la que Sofia se había inclinado para entregarle ese papel, pero ella ya ha dado la marcha para ir a donde debe ir. Logra verla, nota que tiene una forma de caminar muy sensual, pero lo hace solo por unos cuantos segundos. Debe ir a trabajar, no tiene mucho tiempo para perderlo en babosadas.

Sonríe como un niño en el día de reyes magos; un niño que tiene padres que pueden comprar regalos. Se siente satisfecho al lograr que su vecina comience a confiar en él. Aunque, claro está, se precipita demasiado con ese pensamiento. Sofia solo le ha dado el número de su teléfono, como lo hace con cualquiera que conozca en el momento; en la actualidad, dar el número de teléfono a otros no es muy significativo.

— De a poco comienza a confiar en mi persona — se dice. Entra en razón. Se da cuenta que aún no ha logrado nada contundente, solo ha plantado la semilla; semilla que deberá regar y cuidar con extrema delicadeza. Sofia es una mujer temperamental, se ofende demasiado rápido.

Cuando estaciona frente al gimnasio en el que trabaja, se percata de la presencia de un pequeño libro que se encuentra en el asiento del acompañante. Supone que es de Sofia. Coge el pequeño libro y lo escruta, parece ser un diario personal. Abre el librito y ve la primera página con el afán de dar con algún nombre. Y si, el diario pertenece a Sofia Zverev.

Se queda viendo la página introductoria y, pretende leer el diario, pero decide no hacerlo, le llama la atención la frase introductoria en la primera página del diario personal: “Si no puedes hacerlo, escríbelo”.

Charlie y su fatídico viaje astral. Vaya manera de pasar el tiempo. Él se encuentra en una dimensión desconocida, la dimensión de la gran estupidez.

En un momento inoportuno, inoportuno porque el ambiente disfrutaba de una paz de ensueño, meneaba la cabeza y vuelve en sí. Como si resucitara al tercer día. Mira el techo, el piso, los cuadros colgados en las paredes y se levanta de la silla. Las piernas están entumecidas y, además, delgadas por su alergia al deporte.

— Necesito una máquina de escribir — dice en voz alta.

En su viaje astral, el señor Jesucristo de Nazaret le dijo que debía conseguir una máquina de escribir para que pueda contar al mundo sus tan extravagante y nuevas historias de ficción; los humanos somos unos necios. En el viaje astral, Jesús le dijo que la raza humana sabe vender muy bien las historias a las grandes mazas de incrédulos creyentes de sandeces incoherentes, claro está, con la única objetividad de poder dominarlos; los “fieles” son el rebaño.

En realidad, conseguir una máquina de escribir es solo el deseo y ganas de tener una en su poder. Hace tiempo que quiere tener una, solo para tenerla guardada y poder decir: Tengo una máquina de escribir. Y quedar como una persona culta por tal preciada posesión. Duda de que la necesite en algún momento, hoy en día la computadora ha vuelto obsoletos centenares de otros artilugios. Cuando uno tiene cierto dinero la gasta en lo que se le antoje. Este es un ejemplo.

Busca su notebook y la enciende. Su intención es buscar, en alguna plataforma de ventas de objetos usados, la dichosa máquina de escribir.

Después una agotadora búsqueda, encuentra una buena oferta. La máquina es una Olympia modelo Werke Ag Wilhelmshaven, no especifica el año, pero es antigua. El precio de venta es de \$2000. Hay que regatear. Es lo que hace.

Luego de una extensa conversación por chat, el vendedor, acepta bajar el precio a \$1000. ¿Por qué razón ha bajado el precio un 100%? Es una respuesta muy simple. Charlie ha enfatizado con el son de la pena, le contó sobre su terrible enfermedad (cáncer de pulmón) y sobre su desgraciada pierna. Le dijo que es cojo. El vendedor no hizo demasiadas preguntas y, por la pena que sintió en el momento, le ha vendido el objeto correspondiente a un precio muy bajo. Ha hecho una buena jugada.

Se siente un ganador. No solo ha logrado una compra insólita (ni tanto), sino que, además, ha logrado convencer al vendedor a que le acerque la máquina de escribir al departamento. Si, lo persuadió para que haga de delivery. Otra buena jugada.

El vendedor se ha comprometido en entregar la máquina de escribir por la noche, alrededor de las 20 horas. Al parecer tiene una larga jornada laboral.

En el parque central de la ciudad, hay un ambiente muy ameno; personas disfrutando con sus amigos y/o familias, otros haciendo deporte, algunos leen algún libro de moda u olvidado. Las personas se sienten seguras por la gran presencia policial en la zona, quienes son los espanta chorros (jerga utilizada para definir a los delincuentes).

Un perro de la raza ovejero alemán, que pertenece a la policía, ronda por el parque y escruta con el olfato a cada persona que se cruce en su camino. Su labor es encontrar sustancias ilegales. El perro no tiene correa, solo tiene la libertad de ir a donde se le antoje, su respectivo dueño o dueños lo siguen con la vista.

— La gorra no me da miedo — dice Anna. No fue a cursar porque tuvo el antojo de ir al parque, donde está ahora, y fumar un porro con su buen “amigo”.

— Puedes ir presa... — advierte el “amigo”.

— No pasa nada — dice despreocupada —. Ya lo he hecho muchas veces y no te dan bola.

Ambos están sentados sobre el césped, en tal lugar un árbol gigante les da la bendición con una insaciable sombra refrescante.

— De acuerdo — se pone de pie —. Explícale al perro la razón del porque fumas en un establecimiento público.

El perro comienza a ladrar luego de sentir el inconfundible olor a marihuana. Ello advierte a los policías humanos, quienes salen corriendo ante los bullicios desesperados del perro.

— ¡Mierda! — Anna esconde el porro en su brasier. Según ella, los oficiales no tienen el derecho y no tienen el atrevimiento de revisar en sus partes íntimas.

Para la fortuna de Anna, la dulce Anna, el perro le ladra a un par de sujetos con apariencia de hippie, quienes se encuentran a unos 10 metros de distancia. Se siente aliviada de no tener que lidiar con los uniformados.

— Vamos a tomar algo a mi casa — se pone de pie, el “amigo” le extiende la mano para que lo haga con más facilidad —. O fumar, como quieras.

— ¿Qué paso? — se ríe —. ¿Ahora le temes? — apunta con un gesto hacia los policías.

— A ellos no, a la cárcel sí.

— Querrás decir — se burla —, ¿A tus padres?

— Si se enteran que la policía me ha atrapado fumando, me mandaran a trabajar o algo peor. Es mejor evitar ese tiempo de problemas. Mis padres se quedaron en las cavernas, no se adaptan al mundo actual.

— ¿Le temes al trabajo?

— ¡Claro que no! — exclama —. Solo siento que soy muy joven para entrar en ese mundo. Antes de llegar ahí, necesito tener al menos un título universitario.

— Muy cierto — tiene una voz super grave. En lo físico es una persona promedio, pocos músculos, con un poco de panza, etc. «Es un vecino cualquiera.»

— ¿Quieres ir a mi departamento? — se muerde el labio inferior.

Poco antes de ingresar al departamento, Anna se lanza sobre su “Amigo”. Este la sujeta con un abrazo mientras ella se engancha cruzando las piernas sobre él. Se besan con gran intensidad, se manosean sin inhibirse. Entran al departamento. Solo le dan un giro a la perilla y nada más, no fue necesario colocar la llave y abrir la cerradura. Ignoraron tal detalle, el momento de pasión es el responsable de ello.

Ya dentro, la ropa que tienen puesta se vuelve una molestia. Se arrancan la ropa con crudeza, no les importa nada. La remera del “amigo” ahora es un trapo. A Anna le quitan la remera y la arrojan a algún lugar de la habitación. El amigo especial se saca la remera solo, Anna no pudo hacerlo. Lo que Anna si logra con éxito, es sacarle el cinturón del pantalón y abrirle la bragueta del mismo para bajárselo hasta las rodillas, al igual que le ropa interior.

Ella decide quedarse con el brasier puesto, es color rojo amor. «Justo para la ocasión.»

Continúan con sus fuertes y pasionales besos, apretando sus cuerpos como si quisieran unirse para siempre. Ella tiene puesto una calza de lycra negra, y de alguna manera el “amigo” se la ingenia para romper la calza en la zona genital para poder penetrarla sin la necesidad de sacarle otra prenda.

Ella es volteada, apoya las manos sobre la mesa de la sala y se inclina un poco para que puedan penetrarla con mayor facilidad, se entrega por completo. Y es lo que sucede. Da un gemido de placer atroz cuando el pene es introducido en su húmeda vagina. Entra y sale, lento y rico. Los golpes que dan el trasero de ella y la zona de la pelvis de él se vuelven más sonoros, es similar a los aplausos que uno da con las manos. Esos aplausos comienzan a oírse más seguido y fuertes. Le están dando con dureza. Los gemidos que lanza Anna son caóticos, da la impresión de que la están torturando con vehemencia. El placer que ella siente es absoluto, blanquea los ojos y grita palabras como: “Duro. Más rápido, por favor. Qué rico papi. Nalguéame papi.” Y nunca faltan los “Oooh, sí.”

Charlie estaba acostado cuando Anna entró al departamento con su buen amigo. Estaba leyendo un libro de Wells – La máquina del tiempo. Había escuchado ruidos extraños proveniente de la sala, en un principio había ignorado aquellos ruidos, y se había levantado de la cama. Pensaba que era un ladrón, ya que se había olvidado de colocar la cerradura luego de que Anna se marchara del lugar. El miedo había comenzado a invadirle (oía el ruido que provocan los besos y los gemidos silenciosos). Se había plantado en su dormitorio, su guarida, para poder escuchar con mayor claridad y poder distinguir el curioso ruido.

Tiene el celular en sus manos, ya sabe con certeza que es lo que sucede; el ruido de los “aplausos” es inconfundible. Lo que no sabe con certeza es quien de sus dos compañeras es la que tiene sexo en la sala. Se excita un poco, los gemidos que escucha están super erotizados. Son palabras calientes. Abre la puerta del dormitorio con sutileza, y se asoma

para ver de quien se trata. Es Anna, claro está. Ve que tiene la cabeza apoyada contra la meza mientras el buen amigo le tira el pelo. Salvajes.

— ¡Charlie! — grita Anna, con un gemido interrumpido por la dulce sorpresa. Al instante empuja a su penetrador para que le saque el pene de la vagina. «Muy explícito.»

— ¡Charlie! — agrega, avergonzada y agitada. Busca su remera y se la pone de inmediato. El “amigo” se sube los pantalones para no exhibir su miembro, busca su remera, rota, y se la pone.

Charlie esta plantado bajo el marco de la puerta de su dormitorio. Tiene el celular en la mano, levantado, como si estuviera sacando fotos o grabando un video.

— ¡Charlie! — se tapa la cara ambas manos. Desea desaparecer.

El “amigo” sale del departamento, tiene el aspecto de una persona que ha sufrido una paliza a la salida de un boliche. Tal es la impresión que le provoca Charlie, que no se despidió de Anna, ni siquiera la mira. «Chico tímido.»

— ¿Qué haces? — pasa de la vergüenza a un estado de colera. Le dirige la palabra a Charlie, el amigo ya se ha marchado.

— ¿Ah? — la pregunta lo descoloca. Se siente perdido.

— ¿Me estas grabando? — apunta con el dedo el celular de su compañero.

— ¿EH? — menea la cabeza —. Ah, el celular. No, claro que no.

— ¡Déjame ver! — debe prevenir futuros hostigamientos hacia su persona.

Le extiende el celular sin abstenerse. Parece ser un buen tipo.

Anna agarra el celular con desesperación. Al tenerlo en sus manos se encuentra con una modesta sorpresa.

— ¡Está bloqueado!

— Cierto — extiende la mano para quitarle el teléfono —. Dame el celular así pongo la contraseña. — dice luego de que Anna se opusiera a la entrega.

Al final accede a entregar el celular. Charlie coloca la contraseña: “qwerty12345”. Anna logra ver los dígitos cuando los colocaba. Fue un gran error poner los dígitos al descubierto y no los típicos asteriscos de la perdición.

— Toma. No he grabado ni fotografiado nada.

— Espero que no — dice airada —. O tendremos serios problemas.

Escruta las fotografías y videos que fueron tomados recientemente, y no encuentra nada de su interés. No sabe si relajarse o volverse loca, es posible que lo haya guardado en alguna carpeta que no se encuentra a simple vista.

— Vez, no te he sacado ninguna foto — le quita el celular.

— ¡No dirás una sola palabra! — impone.

— No lo haré.

El silencio inunda la habitación.

— ¿Usaron protección? — pregunta Charlie. Alcanzó a ver el pene del “amigo” y pudo notar con claridad que no estaba usando preservativo.

En un principio se siente fuera de contexto, pero se da cuenta a que se refiere: — No. Prefiero las pastillas. — le contesta sin problema.

— Atrevida.

— Sin preservativo se siente más rico. — se ríe. Es una risa vergonzosa — ¿No deberías estar trabajando? — agrega consternada. Ella tenía la certeza de que el departamento iba a quedar vacío, y quiso aprovechar la circunstancia para tener un poco de placer. «Como no me di cuenta.» se reprocha por no haber notado que la puerta de entrada estaba sin cerradura. En momentos de calentura no pensamos con claridad.

— Día libre.

— Si, claro — le cuesta creer lo que le dice.

Pasaron las horas con plena normalidad. Anna se encerró en su dormitorio para tontear con el celular; pierde el tiempo en Instagram, Twitter y otras redes sociales que sirven para idiotizar a la nueva generación. Intentó comunicarse con el “amigo” para disculparse por el pequeño imprevisto que vivieron. Tal parece que fue bloqueada en todas las redes sociales. Da igual, es una chica muy bella, cualquier hombre querría estar con ella. Eso es lo bueno del sexo sin compromiso, la otra persona se marcha y no nos hace sentir el vacío emocional que tanto nos ha hecho sufrir. Y bueno, permanece horas y horas viendo videos de humor random o, peor aún, noticias mediáticas como las famosas fotos xxx de Luciano Castro.

El buen Charlie también se encerró en el su correspondiente dormitorio, también lo hizo durante varias horas. Luego de haber visto a Anna teniendo sexo, y después de haber cruzado un par de palabras, entró a su dormitorio, al mismo tiempo que lo hizo Anna, y cogió un libro que tenía debajo de la cama. Uno que tenía pendiente de hace un tiempo. Leyó con descaro cada página como si quisiera sacar un mal recuerdo de su mente. El recuerdo de ver a Anna cogiendo lo perturba, lo avergüenza. Leer el libro cumplió con su cometido. Pero se pasó un pequeño detalle, vive con ella. Cada vez que la vea le llegará a la mente, como una ráfaga de viento sonda, ese recuerdo.

Estaba leyendo un libro de: John Katzenbach – El psicoanalista. Bueno libro. Buen escritor. Llegó a la parte en donde Virgil sorprende en un bar al Doctor Ricky Starks, cuando alguien le golpeó la puerta e interrumpió su tan amena lectura.

El clima en la ciudad, a eso de las 17 pm, es muy cálido y ventoso; un día para el olvido.

Charlie y Anna están almorzando, sentados en la mesa. Un poco tarde para ello.

Anna fue quien había golpeado la puerta a Charlie mientras este leía. Lo hizo para avisarle que había llegado la pizza que ella mismo había pedido. Si la panza no le hubiese ronroneado, ambos seguirían distantes y encerrados en sus cuevas, Hambrientos y sedientos. Ella quería enfrentar a Charlie y dejar las cosas claras, al fin y al cabo, viven juntos y deben tener una buena comunicación.

— Si yo no pido esta pizza — dice Anna —, estaríamos muertos de hambre.

— La verdad es que me olvide de la hora del almuerzo — comenta. El horario normal ronda entre las 13 y las 15 pm —. No me di cuenta, el tiempo vuela.

— ¡Estuvimos encerrados desde las 12pm! — siente culpa por perder el tiempo.

Charlie intenta hablar mientras saborea la pizza de muzzarella. Se abstiene, traga la comida para hablar de forma clara.

— Gracias por la pizza — su estómago se lo agradece. Saborea la comida como un perro abandonado que no come desde hace varios días.

— ¿Gracias? — esboza una sonrisa —. Me debes \$60. Mita y mita, ya sabes cómo funciona la cosa.

Charlie se encuentra en un estado de éxtasis y goce ante la exquisitez de la pizza. Siente como si estuviera viendo a rubias semidesnudas en un club de stripper.

— Si — el queso le escurre de la boca —. Lo que quieras.

Anna se come la mitad de la pizza.

— ¿Pedimos otra? — propone. El apetito es tal que cree ser capaz de comerse dos pizzas grandes ella sola.

Charlie responde de inmediato. Se toca la panza como si se comunicara con esa parte del cuerpo; un raro de los buenos.

— Mi estomago dice que quiere más — bromea —. Pidamos otra.

Anna coge su celular y entra a una aplicación de servicios de delivery. Según conta la aplicación, el pedido llegará dentro de 20 minutos.

— ¿20 minutos? — Charlie se siente decepcionado, en esos veinte minutos puede perder el apetito o, peor aún, sus ganas de estar con Anna.

— Si — le contesta, al igual que una madre que le habla a su crío para que la corte con los berrinches —. Y en estos próximos 20 minutos hablaremos sobre ciertas cosas.

— ¿Qué son esas cosas?

— ¿En realidad trabajas? — no aguanta más la duda. Mientras perdía el tiempo en las redes sociales, se hizo muchas veces esas preguntas. Ella y su hermana no están por la mañana, ninguna sabe si Charlie sale o no. Ambas tenían la certeza de que su compañero también abandonaba el departamento para ir a hacer lo suyo. Pero tal parece que se hace el gil. O quizá mintió sobre su “trabajo”.

— Me despidieron.

Anna no se sorprende. La verdad es que nadie querría a un loco en su entorno, quizá era la escoria del trabajo. El cáncer de la empresa.

— Aja — le sonríe con asco — ¿Hace cuánto?

— Hace un par de días.

Anna nota que Charlie se ruboriza y enrojece.

— Hace un par de días que vivimos juntos...

— De acuerdo — interrumpe —. Invente mi trabajo. Nunca trabajé.

— ¿Y por mentir? — siente pena —. ¿Sabes que le has mentido a mis padres? Idiota. Has mentido sin descaro a mi hermana y a mí. A veces me asustas.

— Por el mero hecho de que soy un idiota, como acabas de decir — arruga la nariz, siente vergüenza —. Mentí porque lo vi necesario. Nadie miente por gusto, siempre hay una razón que decidimos no explicar. Si crees que conoces a personas que mienten sin descaro solo por gusto, es una estupidez. Esa persona, quizá, se siente atemorizada y encarcelada.

— Córtala con tus patrañas — se estruja los ojos, como si intentase despertarse de un sueño que le ha provocado dolor de cabeza —. El punto es que has mentido.

— Perdón — sus palabras son muy monótonas. Casi actuadas.

— Cuando llegue mi hermana, hablaremos. En ese momento tendrás la oportunidad de disculparte con ambas. Has mentido. No te conocemos ni un poco, y eso asusta. Nos mudamos contigo porque vivíamos en una pocilga. Estábamos desesperadas por salir de ahí. Para nuestra desdichada fortuna, y muy, apareciste vos y tus pedos mentales. Hubiéramos aceptado vivir hasta con un recién salido de prisión, así de desesperadas estábamos. El edificio era una completa mierda. No había ventilación. Las paredes estaban sucias. Los vecinos, bueno, son una basura ruidosa. Apareciste, llegaste como un héroe. En un principio creí que eras de esos típicos nerds con problemas sociales y de timidez, pero me equivoqué. Eres un mentiroso. No te conocemos, si mientes así jamás lo haremos. Debes colaborar para que tengamos una buena convivencia.

Charlie permanece en silencio. Lo dejaron sin palabras.

— ¿En qué más has mentido? — agrega Anna.

— Cuando llegue tu hermana te contaré — contesta como si fuera un abogado que intenta evadir a la prensa.

Charlie se retira de la mesa para ir a su dormitorio.

— ¿Te llamo cuando llegue la pizza?

— No — responde como un niño que acaban de regañar —. He perdido el apetito.

— Tú te lo pierdes, Charlie. O como sea que te llames — no puede evitar bromear y a la vez dramatizar el momento.

Charlie la ignora. Entra a su dormitorio y continúa leyendo su preciado libro. Para enfocarse más en la lectura se coloca los auriculares para escuchar música. Su selección es una colección de música pop “antigua”.

Son las 19:13 horas. Sofia acaba de llegar al edificio. Ella, luego de salir de la facultad, se fue a la casa de una compañera para “estudiar”. Lo único que hicieron fue mirar un par de películas por Netflix y hablar sobre cosas de la vida.

Sube a su piso correspondiente por el ascensor, la fatiga la tiene encarcelada, y entra al departamento.

— ¿Hola? — el ambiente es sombrío y abundante de soledad.

Nadie responde. Se percata de que alguna especie de animal carroñero anduvo en el interior. Hay dos cajas de pizza, una vacía y la otra con 4 rebanadas sin tocar, en la mesa. Las pizzas que sobraron emanan el hedor correspondiente de una comida que se echa a perder por causa del calor. Las moscas merodean por las cajas, amontonadas sobre las rebanadas de pizza. Hay migas de pan en el suelo y en la mesa. Ya sabe quién es el animal carroñero: Anna.

— ¿Anna? — se fastidia por la falta de asepsia que abunda en la mesa del hogar.

Anna yace acostada en su cama, duerme como un Koala abrazando a un árbol; solo que en vez de un árbol tiene una almohada entre los brazos. Esperó a que llegara la otra pizza que había pedido, comió lo que pudo y se acostó a dormir. El sueño que tiene es profundo, deben despertarla con un ruido fuerte y estridente.

— ¿Charlie? — busca alguna señal de vida.

Charlie escucha música con los auriculares, ahora escucha al buen Eminem, mientras lee el libro de John Katzenbach. «Pobre doctor Lewis.» se dice.

Ante la incógnita que se presenta, de que, si hay alguien en el hogar, sale a buscar en el único lugar que puede buscar: en sus cuevas. En sus dormitorios. La puerta del dormitorio de Anna está abierta, por lo que no es necesario tocar ya que se la ve durmiendo profundamente. Le cae la baba.

— Tú duermes como si no le debieras nada a nadie — piensa en voz alta. Mientras asiente reiteradas veces.

Camina sin esperanzas hasta el cuarto de su buen compañero, Charlie. Tiene la puerta cerrada. Eso le trajo unos pequeños recuerdos de la noche anterior. De todas formas, golpea la puerta.

— ¿Charlie? — busca señales de vida.

Justo en el momento que grita el nombre, la canción que escucha Charlie termina y logra escuchar a Sofia, quien llama a su persona.

— ¿Sofia? — ya sabe que ella, pero es por cortesía de la casa.

Sofia se alegra de recibir una respuesta. No deseaba entrar y ver a Charlie realizando algunas de sus hazañas asquerosas que enorgullecen a todo hombre. «No se refiere a ganar una partida en el Fornite.»

— ¿Qué haces?

— Nada que sea perjudicial — ríe a carcajadas.

Sofia esboza una sonrisa, pero a la vez siente desconfianza.

— ¿Tu dejaste las pizzas en la mesa?

— ¿Tu qué crees?

Sabe que Anna es la responsable. Aunque Charlie comió de la primera pizza, por ende, es un cómplice del imperdonable desorden. El orden en el hogar es la esencia de la armonía, también es un método esencial para evitar que las ratas los devoren vivos.

— ¿Me puedes ayudar a limpiar?

— ¡Claro! — se saca los auriculares y se apresura a leer el último renglón del capítulo de libro.

Charlie sale y ve a Sofia que pasa el escobillón para limpiar las migas que hay en el suelo.

— ¿Tú comiste? — pregunta Sofi.

— Solo estuve en la primera ronda — apunta a las cajas de pizza sobre la mesa.

— ¿Estaban feas o no tenías hambre? — junta las migas en el medio de la habitación.

— Estaban ricas y si tenía hambre...

— Pero... — interrumpe.

Charlie camina hacia la mesa para recoger las cajas repletas de moscas sobre la mesa.

— Anna ha hecho que pierda el apetito.

— Entiendo — menea la cabeza como si fuera cómplice de su disgusto.

Charlie espanta a las moscas que invaden la pizza que sobre y coge un trozo. Le da un buen mordisco.

— ¡Eres un asqueroso, Charli! — sufre arcadas —. ¡Dios!

— ¿Qué? — se siente al margen de los hechos.

— Estaban repletas de moscas — dice asqueada — ¡Están feas!

La verdad es que ignoró ese detalle. La porción de pizza se veía tan apetitosa hace un momento que no pudo ver lo obvio. Por suerte, para Charlie, aun no traga lo que tiene dentro de la boca. La estaba saboreando y deshaciendo para poder tragar. Apenas le dicen

lo de las moscas, le da asco y escupe a su mano una especie de masa plastificada de color irregular. Parece vomito solidificado.

— ¡No seas asqueroso, Charlie! — exclama cuando ve la especie de masa que este tiene en la mano.

— ¿Acaso debería habérmelo tragado?

— No — se tapa la boca con una mano, siente náuseas —. Pero no lo tendrías que haber escupido esa asquerosidad frente a mí.

Charlie se frustra.

— Esto — levanta la masa y la apunta para que la chica asqueada pueda deleitarse —, es lo que se forma cuando cada maldita persona del mundo come pizza.

— Ya. Tira eso. Limpia la mesa. ¡Por favor! — lo dice un poco irritada —. La única diferencia es que esa maza, y lo aseguro, tiene pequeños gusanos o huevos de moscas.

Ante ese último comentario, a Charlie se le revuelve el estómago. Pensar en que ha ingerido gusanos y huevos de moscas lo atormentan. Siente náuseas y mareos. En la boca siente pequeños trozos de la masa de pizza, con queso y tomate triturados, que se vuelven rasposos y viscosos. Siente que son gusanos. Cierra los ojos para no ver lo que ahora ya es inevitable, su vómito desparramado en el suelo.

— Charlie... — Sofia logra ver el momento en que la comida sale de la boca de Charlie. Como si estuviera cantando una canción de Reggaetón. Una completa basura.

Ella también vomita de la impresión asquerosa que siente. Quiso evitarlo colocándose la mano en la boca, como si esas cosas pasaran, y por ello se mancha la mano y le caen gotitas de vómito en la ropa. Los ojos le lloran del asco que siente.

El vómito de ambos se mezcla y forman una sustancia putrefacta y hedionda. Es como ver caca líquida en el inodoro y, además, pequeños trozos de mierda dura.

Anna, quien duerme como un bebé luego de que le la madre le diera leche, se despierta por la curiosa sonoridad que proviene de la habitación principal. Algo así como una sinfonía compuesta de arcadas.

— ¡Que mierda! — exclama. Tiene los ojos nublados y siente un gran desconcierto por lo que escucha. Se levanta de inmediato. Al son de la curiosidad se le el miedo, miedo ante la interrogante de que Charlie este en un trance de locura peligrosa.

— ¿Qué sucede? — pregunta Anna desconcertada, parada bajo el marco de la puerta. Tiene los ojos hinchados por dormir.

Nadie le responde. Ella comienza a despabilarse y a despertar por completo. Observa una sustancia rara del suelo, la cual emana un hedor asqueroso. Es digno del aspecto. Observa que Sofia gesticula asco y repugnancia. Tiene la mano levantada como si hubiera tocado a un ratón, parece que quiere arrancársela. La tiene manchada de vómito. Y Charlie, el buen Charlie, tiene una sonrisa dibujada en sus labios, una sonrisa sincera y jovial. Es como si hubiera recibido un regalo de cumpleaños o navidad.

— Vomitamos — contesta Charlie mientras lanza una carcajada sin poder evitarlo.

— ¿Qué? — Anna se siente extraña. Mira nuevamente la sustancia extraña que hay en el suelo y pregunta: — ¿Eso es vómito? — se asquea a tal punto que lanza una arcada.

— ¡No! — exclama Charlie con seriedad —. No te puedes unir a nuestro ritual.

Sofia queda atónita por lo que acaba de oír. ¿Ritual? ¿De qué? ¿Para qué?

— ¿Qué carajo dices, Charlie? — pregunta, desorientada ante las patrañas que salen de la boca de su compañero.

— Es solo una broma — en encoje de hombros.

Anna se siente asqueada, pero a la vez tiene una sensación de satisfacción increíble: Acaba de ver lo más asqueroso que ha visto en su vida. Tiene algo nuevo para contar a sus amigos. Lo mejor del asunto es que su hermana es partícipe de tal anécdota. Ello le trae un recuerdo de la infancia: cuando eran niñas estaban jugando en el patio trasero de la casa de sus padres y, en un momento de descaro, Anna, la hermana malvada, echó caca de perro en el sándwich que la madre de ambas había preparado para ella. Sofia no se dio cuenta al principio y tragó lo que ingirió en el primer bocado. Sofia vio a Anna que se aguantaba la risa y le preguntó: «—¿Qué es tan gracioso, Anna? —» Anna solo le respondió con una incontrolable risa. Sofia, gracias al instinto, levantó el pedazo de pan superior y vio un pedazo de sorete duro de perro. Se dio cuenta de que el pedazo que faltaba entró en su sistema digestivo. Sofia en ese momento vomitó como nunca lo hizo y luego golpeó, a modo de venganza, a Anna en la nariz con el puño cerrado. Sofia comenzó a llorar por su poca dicha. Anna también lloró en ese momento, la nariz le sangró bastante a causa del golpe que recibió. La madre se acercó a ellas y les preguntó que había sucedido. Anna señaló a Sofia y le dijo que la golpeó en la nariz. Sofia intento dar sus razones, pero fue ignorada. Anna es la hermana menor, la nariz le sangraba y también lloraba sin consuelo. Era el centro de atención, siempre lo fue y lo seguirá siendo. Sofia no tuvo voz ni voto, la madre la castigó por golpear en la cara a su hermana. Se contuvo en explicarle la razón de su acto lleno de violencia porque sus padres la dejan siempre al margen por ser la mayor. Anna se salió con las suyas, obvio que sin tener en cuenta el golpe de puño en su rostro.

— Bueno, no hagas ese tipo de bromas — indica Sofia.

— Perdón — se encoge de hombros.

Anna recuerda que debe tratar cierto tema con Charlie; mentiras y verdades. Espera a que limpien la escena para poder plantear el tema de conversación.

Charlie tira las cajas de pizza en la basura. Sofia, como siempre, se debe encargar de los más asqueroso. Va al baño y vuelve con el trapo y el palo para limpiar, también un valde lleno de agua con lavandina. Humedece el trapo y comienza a limpiar. Es asqueroso de ver, pero más, aun, es el olor que emana. Debido al alto porcentaje de líquido que tiene el trapo, alguien tiene que estrujarlo: ese alguien es Sofia. Anna al ver que Sofia tiene la valentía y estupidez de querer estrujar el trapo con la mano, busca un par de guantes amarillos para que la limpieza sea un poco más amena.

— Toma — le extiende el par de guante —. No cometas la aberración de tocar esa asquerosidad.

Sofia tiene la ropa y la mano manchada de vomito, por eso había ignorado el uso de guantes.

— ¡Gracias! — dice.

Anna se recuesta un momento en su cama para que el tiempo pase. Charlie ayuda con la limpieza; limpia la mesa y algunos trastes que están sucios desde hace días. Y Sofia termina de limpiar el piso, luego se pega una breve ducha para dejar de sentirse sucia.

Cuando Sofia sale del baño, vestida con ropa limpia y con el pelo aun mojado, ve a Charlie apoyado contra la pared mirando hacia al techo. Como si estuviera mirando las estrellas.

— ¿Estas bien? — pregunta Sofi.

Charlie menea la cabeza, como si volviera en sí.

— Si. Solo estoy algo cansado.

— ¿Cansado de qué? ¿Por limpiar?

— Si, es por hacer la limpieza.

— No te quejes — dice mientras se pasa una toalla blanca para secarse un poco el pelo —. A ti te toco lo fácil.

— Tienes toda la razón.

Anna escucha voces en la sala principal. Se levanta de la cama y sale en búsqueda de la verdad.

— ¿Le estás confesando tus mentiras? — encara Anna, con la determinación de desenmascarar a su compañero.

— ¿Qué mentiras? — se siente confundido.

Sofia se siente aún más confundida.

— ¿Qué sucede? — pregunta Sofia, mirando a ambos. Se apabulla ante las intensas miradas que se lanzan el uno con el otro.

— ¿Se lo dices tú? — Anna se dirige a Charlie. No quiere inmiscuirse, quiere que Charlie confiese.

— ¿Qué cosa? — le contesta. Se hace el desentendido, pero sabe a que hace referencia Anna.

Sofia mantiene el silencio. Mira y escruta los gestos de ambos, y nota que ambos tienen algo importante para decir.

— Sobre tus pequeñas mentiras.

— ¿Qué mentiras, Charlie? — Sofia se siente enardecida por la confusión que han inculcado en ella.

— Mentí sobre mi trabajo — baja los hombros, como si fuera un niño que le miente a los padres y que luego debe confesar la verdad —. Nunca lo tuve.

— ¿No era que te habían despedido? — pregunta Anna. Exasperada por oír otra mentira.

— Bueno — Charlie levanta la voz —. ¿Querías la verdad? Ya tienes la verdad.

Se crea un breve silencio.

— ¿Por qué mentiste sobre tu trabajo, Charlie? — se siente decepcionada —. Lo peor es que no nos mentiste solo a nosotras, también mentiste de forma descarada a mis padres.

Charlie baja la cabeza.

— No intentes hacerte la víctima — dice Anna —. Da tus razones y nosotras veremos cómo proceder contigo. — se siente como un juez que está a punto de condenar a un delincuente.

— Charlie... — vacila Sofia, incitando a que su compañero abra la boca.

Charlie inspira hondo y decide hablar.

— De acuerdo — empieza —. He mentido porque realmente quería que ustedes sean mis compañeras. Si les decía a tus padres que soy un hombre de 29 años sin trabajo, ni siquiera habrían...

Charlie es interrumpido.

— ¿29 años? — Anna queda atónita.

— ¿Es eso cierto, Charlie? — Sofia también se sorprende ante tal confesión.

— ¿De verdad nunca se los comenté? — chasquea con la boca —. Creía que lo había hecho. Estaba seguro de que lo había hecho. Disculpen.

— Me dijiste que tenías 23 años — dice Sofia, airada.

— ¿Cuándo?

— ¿Cuándo? — las sienes le comienzan a palpar de furia —. El día que te conocí. ¿No lo recuerdas?

Charlie cierra los ojos para recordar el momento, y lo logra. Fue en el colectivo. Ella le había preguntado sobre su edad y le había respondido que tenía 23 años. Nadie aparte de ella le hizo esa pregunta. Supone que Sofia le comentó ese detalle a toda su familia. Si hubieran preguntado, seguro les decía la verdad.

— Lo recuerdo — contesta super tranquilo —. Pero creí que después de eso te había dicho mi verdadera edad.

— ¡Les dije a mis padres que tenías 23 años!

Charlie acierta en ello.

— ¿Qué otra mentira nos has dicho? — pregunta Anna.

— Ninguna. Solo mentí en que trabajaba y mi edad. Esta última fue sin darme cuenta. Si me hubieran preguntado, con total seguridad, les decía mi edad real.

Anna se ruboriza de la rabia que comienza a sentir.

— ¿Ahora nos culpas a nosotras?

— No. Nada de eso.

Sofia se siente asustada. La poca confianza que le tenía a Charlie se esfuma como la nieve en primavera. Tiene miedo de que su compañero haya mentido sobre su identidad y que al final termine siendo uno de esos criminales fantasmas, que evaden a la ley con sus múltiples identidades. «Eso es muy exagerado.»

— ¿Qué otra mentira nos has dicho, Charlie? — Se le agita la respiración. Siente miedo.

Justo en ese momento suena el teléfono de la casa. Es el teléfono que se utiliza cuando alguien fuera del edificio marca el número del departamento, en el tablero, al que quiere solicitar.

Anna atiende.

— ¿Sí?

— ¿Es el departamento de Charlie Brown? — dice un hombre con voz rasposa y algo deteriorada por los años.

Anna le entrega el teléfono y le da a saber que alguien llama por su presencia.

— ¡Soy Charlie!

— Charlie. Soy Néstor Kirchner. El de la máquina de escribir.

Gabriel vuelve a su hogar, cansado y empapado en su transpiración; no le gusta usar las duchas del gimnasio porque, según él, cree que es el hogar de diversos hongos super contagiosos. Muchos usan esas duchas y no todos son personas higiénicas. Tuvo una larga jornada. En el horario del almuerzo se dio un tiempo y fue a un restaurant cercano y pidió un plato de ñoquis. Comió y siguió trabajando hasta las 19 hs. Es una persona con mucha actividad física. A medida que iba diciendo que hacer a los clientes, la mayoría con sobrepeso, se ejercitaba. Ello es la razón del porque tiene el gran cuerpo que tiene.

Estaciona con su auto, es un Nissan Versa 2015 color rojo, en la acera junto al edificio. Tiene alquilado un lugar en un estacionamiento, pero estaciona en tal lugar porque pretende salir pronto. Solo va a darse una ducha y cambiarse de ropa para después ir al cine a ver una película.

Baja del auto y ve en la entrada del edificio a un hombre alto, un poco canoso, delgado y con una gran nariz. El hombre de la nariz grande tiene una máquina de escribir es sus manos.

— ¿A quién busca? — le pregunta.

El hombre de la nariz grande mira con asombro, quizá intimidado por los músculos, al joven que se le acerca.

— A un chico que se llama Charlie — tiene un ojo torcido, el izquierdo—. Pero no te preocupes, acabo de llamar y viene en camino.

— Lo conozco.

— ¿Sí? — le extiende la máquina de escribir —. Bueno, tú eres un chico fuerte. Yo estoy viejo y estoy cansado de cargar la máquina. Es un poco pesada. No solo me harías un favor a mí, también le harías un gran favor a Charlie.

— Creo que Charlie tiene la fuerza suficiente para cargar eso — apunta a la máquina dudando de la fuerza que posee Charlie.

— Es cojo. Quizá puede, o no, pero igual es un lisiado. Hay que ayudar a los lisiados, hijo.

— ¿Cojo?

— Si dices que lo conoces, ya deberías saberlo.

Gabriel asiente con la cabeza. No lo conoce y no tiene noción de que problemas pueden perturbar a su vecino.

— ¿Cómo te llamas? — le pregunta.

— Néstor Kirchner — responde meneando la cabeza. Orgullosa.

— Es un nombre digno de un buen político — sonríe.

— Lo es. De hecho, fui gobernador de la provincia de Santa Cruz.

Gabriel se sorprende.

— ¿De veras?

— Claro — contesta don Néstor.

— ¿Qué piensas de Cristina Fernández? La mujer que pretendía postularse para presidenta.

— Era mi esposa. En realidad, yo me postulé para ser presidente de la nación. Ella solo era mi esposa. Aunque tenía sus cargos importantes. Por culpa de ella perdí las elecciones.

Queda atónito. Está frente a un hombre importante, o lo fue en su momento.

— Ah. Comprendo — en realidad se siente un burro por haber creído que Cristina se había postulado —. ¿Por qué la encarcelaron?

— Fue acusada por decidir, negociar y organizar la impunidad de los prófugos iraníes en la causa AMIA con el propósito de fabricar la inocencia de Irán en la investigación del atentado de 1994 — baja la cabeza, como si de pronto la tristeza lo invadiera —. En lo personal creo que traicionó a la patria. Creo que agradezco a Alberto Nisman, el fiscal encargado de ello, por hacer la denuncia meses antes de aquellas elecciones. Si yo hubiera ganado, no sé qué habría pasado.

— Seguramente usted habría muerto, o lo habrían obligado a fingir su muerte. Ya sabe, funeral a cajón cerrado — comienza con sus “conjeturas” —. Tal vez, ella con los años pudo ser la nueva presidente de la nación. Corrupción, lavado de dinero y choreo descomunal al pueblo.

— O lograr idiotizar al pueblo — asiente con la cabeza como si lo que escuchara fuera certero —, a tal punto que, aunque tenga muchas causas en contra, el pueblo siga amándola. El genio del mal.

— Eso no es muy difícil de hacer — asegura Gabriel —. Solo hay que dar regalos al pueblo. Hay que mantenerlos contentos para que no sepan que el país se va al carajo. Pueden abrir un programa de Fútbol para todos en la televisión para distraer al pueblo y hacer lo que se les plazca. Lo descarado en esto, es que el pueblo es cómplice de todo y no se da cuenta.

— Claro — Néstor se rasca la cabellera. Incrédulo —. Dar regalos y domarlos.

Ambos ríen ante el delirio que acaban de tener.

— Por suerte nada de eso ha sucedido — comenta Gabriel.

«Tristemente es todo lo contrario.»

Néstor se limita a asentir. Charlie se tarda mucho en bajar, o eso cree.

Gabriel espera a que Charlie baje y abra la puerta para entrar al edificio. Tiene la máquina de escribir en sus manos, y de cierta forma se ha comprometido con el anciano en llevársela a Charlie. Mira su reloj y ve que son las 19:40 pm.

Charlie llega a destino.

— Hola. ¿Es usted Néstor? — escruta al señor y nota que no tiene indicios de llevar consigo la máquina de escribir. Una sombra se proyecta y le da en la cara. Es Gabriel, quien tiene en sus brazos la máquina de escribir.

— El mismo — achina los ojos y sonríe —. Este joven te subirá la máquina. — señala a Gabriel.

— ¿Sí?

— Pero por supuesto — dice Néstor —. Debemos ayudar a los menos afortunados.

— Tiene usted razón.

Gabriel se queda sin decir nada. Intenta ver si Charlie es realmente un cojo. Al entrar al edificio luego de que el cojo abriera la puerta de entrada, se percata de que este camina con dificultad, como si le hubieran dado una patada en el talón de Aquiles.

Charlie le paga lo correspondiente a Néstor. Tienen una rápida conversación, una bastante ordinaria. Charlie le agradece de corazón por todo lo que ha hecho: bajar el precio del producto a la mitad y, además, llevarlo a domicilio sin costos. Néstor denota ser un hombre bondadoso y honesto. «Charlie debería sentirse culpable por engañar a un hombre como Néstor.»

Se despiden de Néstor.

— ¿Qué te sucedió en la pierna? — pregunta Gabriel.

Entran al ascensor.

— Un accidente — contesta —. En automóvil.

— ¿Cómo fue? — se siente curioso porque también tuvo un accidente automovilístico, uno muy trágico.

— Me dormí cuando manejaba y mordí la banquina...

— Yo también tuve un accidente similar, solo que choqué contra un árbol — interrumpe.

— ¿Te quedaste dormido al volante? — pregunta Charlie. Interesado en lo que le cuentan.

— Algo así. — ya no desea hablar de ello y Charlie lo nota. Le vienen malos recuerdos a la mente.

— Se podría decir — dice Charlie —, que tenemos algo en común.

— Es lamentable que así sea.

— ¿Tanto me odias?

— No me refiero a eso, me refiero a la tragedia en sí. Tener en común una tragedia no es agradable.

— Lo siento. Y tienes razón.

El ascensor llega al 4 piso. Es el piso en donde viven.

— ¿Te lo llevo hasta el departamento, o puedes llevarlo tú? — se refiere a la máquina de escribir, hace el gesto para que Charlie la agarre con mayor facilidad.

— Si puedes hacerlo tú, te estaría muy agradecido.

Gabriel camina sin dificultad hasta la puerta que Charlie abre para que pueda ingresar y dejar la máquina en la mesa del comedor-cocina. Entra y ve a las hermanas Zverev hablando en el balcón. Parecen consternadas por algo en particular, nota que sus ojos brillan de miedo.

— ¿Se encuentra todo en orden? — pregunta luego de dejar la máquina en la mesa. Las hermanas se acercaron a él para saludarlo.

— Hola, Gabriel — contesta Sofia —. Todo en orden. — le sonríe como si hacerlo fuera un compromiso que no quiere seguir.

Gabriel escruta la mirada que las hermanas le dirigen a Charlie. Es una mirada airada, y a la vez denota cierta paranoia. Es una mezcla rara. El instinto le dice, como si fuera un sexto sentido, que algo se ha salido de control o está a punto de hacerlo.

— Noto cierto miedo en sus ojos — afirma Gabriel.

Las hermanas se cruzan un par de miradas para intentar descubrir cómo les sacaron la ficha con tanta facilidad. Tienen miedo, claro está. Es un miedo que de a poco empieza a aflorar. Es un sentimiento nuevo. No es el típico miedo que todos sentimos cuando vamos de noche a comprar algo que necesitamos con urgencia, donde no sabemos si un ladrón nos matará por un celular o unas zapatillas. El miedo que sienten es desconocido para ellas. No saben que pasará a medida que pasen los días, no saben si están seguras en su propio hogar. Fuera y dentro de su hogar se sienten atormentadas.

— Puede que tengas razón sobre ello — dice Anna —. Sobre el miedo.

— ¿Y cuál es la causa? — pregunta Gabi —. No se dejen inhibir por el miedo. Yo puedo ayudarlas en lo que sea, pueden confiar en mí.

Las hermanas se miran, como si estuvieran hablando por telepatía.

— Lo cierto es que tememos a Charlie — confiesa Anna —. Creo que tememos a que nos lastime en un día estos. No sabemos nada sobre él. Parece inofensivo, pero creo que es un poco peligroso. Además, es un estúpido, y la estupidez es peligrosa.

Todos dirigen la mirada a Charlie, quien se encuentra en la misma sala.

— ¿Me temen? — se extraña —. ¿Razón? Solo les mentí sobre mi trabajo y mi edad, nada más que eso. No soy un ex convicto con sed de cometer algún crimen. Bueno, sé que he tenido reacciones un poco bruscas...

— ¿Un poco? — Anna muestra su enfado —. ¿Solo un poco? Vamos, eres una especie de suicida sin control. A veces pienso que te escapaste de un manicomio.

Charlie vacila ante esa insinuación.

— No soy un loco — aclara con énfasis.

— Si no lo eres, entonces compórtate como tal — dice Anna —. Aunque no puedo culparte por nada, me tengo que culpar a mí misma por pensar que vivir con un extraño era una buena idea. Sé que muchos utilizan la opción de vivir con un desconocido solo para cuidar el bolsillo, solo por eso me pareció buena idea. Friends, la serie, hizo que lo viera como una experiencia de ensueño. Me equivoque. Soy una estúpida, pero bueno.

— ¿Friends? — Charlie lanza un par de carcajadas burlonas —. Es la peor mierda que existe, Anna. Pensé que eras una persona culta.

— Cierra la boca — se fastidia —. Si, sé que es una mierda. Se que perdí mi tiempo, no tienes por qué echarme ello en cara.

Sofía se estresa al ver que la conversación se desvía en patrañas.

— ¡Ya basta! — exclama —. Dejemos de perder el tiempo y hablemos. — apunta a Charlie —. Hablemos de tus verdades y mentiras.

— ¿Verdades y mentiras? — Charlie se ve venir un interrogatorio, el cual no podrá evadir.

Sofía se sienta e invita a que todos hagan lo mismo; tuvo que insistir un poco para que Gabriel se siente, ya que pretendía abandonar el departamento.

— Disculpen mi hedor — dice Gabriel —. He salido del gimnasio y no me he duchado. Justamente pretendía hacerlo cuando me encontré con el hombre que le ha vendido la máquina de escribir a Charlie.

Todos lo ignoran.

— ¿Qué otra mentira nos has dicho, Charlie? — pregunta la jefa.

— Las que ya he desmentido — le contesta de forma monótona. Como si ya estuviera acostumbrado a las cataratas de preguntas.

Anna comienza reír.

— ¿Eres virgen? — tal pregunta hace reír a todos menos a Sofía.

— Esto no es un juego, Anna — lanza un berrinche —. Esto es serio. Si tienes ganas de bromear, te invito a que te retires de la mesa.

Anna menea la cabeza y rechaza la invitación.

— ¿Con que eres un mentiroso? — pregunta Gabriel.

Charlie le clava una mirada fatigada.

— No soy cojo — confiesa —. Le mentí para no tener que ir a buscar la máquina.

Las hermanas quedan al margen, ya que no entienden de donde viene esa confesión.

Gabriel quiere romperle la cara.

— ¿Le mentiste a Néstor? — se indigna —. Deberías avergonzarte por mentir con descaro a una persona amable cómo lo es Néstor.

Sofía intenta decir algo, pero se lo impiden.

— Ahora mismo le mandarás un mensaje a Néstor — agrega Gabriel —, y le pedirás disculpas por decirle que eres cojo. Le dirás que le mentiste porque eres tan vago que no querías ir a buscar lo que tú querías comprar. Corrijo, lo que compraste.

— ¿Y si no quiero hacerlo? — lo dice de forma fría y provocadora.

— Te pondré en tu lugar — se pone de pie con brusquedad, a tal punto que las hermanas se asustan.

— Calma — ordena Sofía —. ¡Por favor!

Gabriel la mira a los ojos y se sienta como si lo hubieran embrujado.

— ¿Cómo es eso de que eres cojo, Charlie?

— Es una estupidez — contesta —. Solo dije al hombre, al que le compre la máquina de escribir, que yo era cojo...

— No solo lo dijo — aclara Gabriel —. Eres un buen actor. En realidad, hizo un buen papel de cojo. Caminaba como tal, yo le creí.

Charlie continua con lo que decía pese a la interrupción.

— Le dije que era cojo para que me trajera la máquina a casa, creo que ya lo dije — aclara la garganta y se acomoda los lentes —. Tuvo la libertad de decirme que no. Jamás le obligué a venir. Él se ofreció en traerme la máquina sin siquiera insinuárselo.

— ¿Y no te da vergüenza, Charlie?

— Si, un poco.

— ¿Qué otra mentira nos has dicho? — pregunta Anna.

Charlie se saca los lentes y se aprieta entre medio de los ojos.

— Las que ya he desmentido — se coloca los lentes —. Como ya les he dicho.

El silencio inunda la habitación.

Gabriel desea con el corazón darle un golpe a Charlie, pero las ganas de darse una ducha le ganan a cualquier deseo. Se levanta de su asiento y se despide. Las hermanas lo saludan con un «¡Buenas noches! ¡Cuídate!». Charlie, por otro lado, decide ensimismarse en su máquina de escribir.

— Cualquier cosa no duden en llamarme — Sale del departamento —. Disculpen por no quedarme a interrogar a este ñoño loco.

— Si, anotado — Charlie vacila, haciendo como que escribe en la máquina —. Por supuesto que te llamaremos. — imita la típica voz de la operadora de una compañía de móvil.

«Hijo de puta.», piensa Gabriel, que a pesar del golpe y ruido que genera la puerta luego de cerrarse logra oír con claridad las blasfemias de su, ya odiado, vecino.

Las hermanas intentaron sonsacarle información a Charlie; sobre que es mentira y que es verdad. Pero el esfuerzo que aplicaron para ello fue en vano, Charlie se había ensimismado, embobado, con su máquina de escribir. Le hablaban y la única respuesta que recibieron fueron miradas de fastidio. No pudieron hacerlo hablar. Las hermanas se habían irritado y comenzaron a gritarle. Charlie lo que hizo fue levantarse de su asiento y se llevó la máquina a su dormitorio. Las hermanas sintieron que estaban ante un caso perdido, y en eso no se equivocaron. Ellas al ver que Charlie se encerraba en su habitación, continuaron su día con normalidad: charlar, leer, cenar, etc.

Ahora, Charlie, juega con su máquina de escribir. La tiene en el suelo y él está sentado, también en el suelo, junto a ella. Le puso un par de hojas de tamaño A4 para probarla. Presiona las teclas como si ello le excitara. “Puto el que lee”, escribe. La máquina funciona a la perfección, se asegura de ello presionando todas las teclas. Todas marcan lo que tienen que marcar.

— Fue una buena compra — se dice. Se siente satisfecho como un yonki luego de hacer una transacción intravenosa.

Sigue escribiendo garabatos sin sentidos.

— ¿Charlie? — Sofia le golpea la puerta —. ¿Quieres comer?

Charlie se toma un par de segundo para que su estómago de la respuesta.

— ¡Claro! — contesta —. ¿Qué comeremos?

— Pizza.

Charlie recuerda el momento cuando empezaron a vomitar y se ríe a carcajadas.

— De acuerdo — no se queja. De hecho, cuando una persona deja de vivir con sus padres es normal comer pizza, hamburguesas y demás comidas rápidas y/o fáciles cada día. Ya sea porque sean un asco en la cocina o porque quieren ahorrar tiempo; cocinar lleva tiempo, y también lo lleva limpiar los trastes.

Están sentados y comen pacíficamente, en silencio. Las pizzas de muzzarella los hace saborear a tal punto que no pueden hablar. Nadie quiere darse el mal gusto, y saben que con lo que sea que digan van a llevar la conversación a una discusión. Hay una mala convivencia, claro está.

Charlie es el valiente que habla cuando ya no hay más pizza para devorar.

— Muy ricas — dice un poco ahogado y cerrando los ojos.

— Mejor no hables — impone Anna —. No arruines el momento. La paz.

Charlie encoge los hombros. Anna tiene razón, no hay porque reprocharle.

Sofia se va al balcón y respira un poco de aire fresco para relajarse. Se siente tensa, casi ahogada, por culpa de Charlie y de ella misma. Quiere que Charlie se marche del departamento, pero tiene sus dudas. No sabe que reacción tendrá si se lo dicen (Charlie). No sabe cómo van a pagar cada mes de alquiler, no sabe que les dirá a sus padres si Charlie se va sin hacer problemas. «Papá, echamos a Charlie porque era un loco y le teníamos miedo. Necesitamos que nos des más plata para pagar el alquiler.» ¿Qué otra cosa le podría decir?

No sabe qué hacer. Lo único que sabe es que quiere seguir con vida.

Anna tiene sueño y se va a “dormir”. Se acuesta y se pone a boludear como su celular, en las redes sociales. Se acuesta temprano, tipo 23pm, y se duerme super tarde. El problema con eso es que tiene que madrugar, por ende, duerme poco y anda con pachorra todo el día.

Charlie sale al balcón para acompañar a Sofia e interrumpir su soledad.

— ¿Qué sucede?

Sofia lo mira con cierto desprecio.

— ¿Qué quieres?

— Conversar — se apoya en la baranda del balcón —. Comunicarnos.

— ¿O mentir? — arruga la nariz.

Charlie se queda en silencio, no tiene respuesta alguna. Se queda en blanco.

Sofia se da cuenta que se quedará callado y sale del balcón para ir a dormir en su, muy cómoda, cama.

Charlie se siente ofendido ante la actitud esquiva que han adoptado sus compañeras y saca de su bolsillo, de un pantalón Adidas bien cheto, un paquete de cigarrillos marca Camel. Saca un cigarrillo y se lo coloca con sutileza en los labios. De la misma caja saca un encendedor Bic color rojo y hace que el gas fluya para que el chispazo ayude a crear fuego. Enciende el cigarrillo, mueve los labios como si estuviera chupando un chupetín.

Sofia tiene la puerta del dormitorio abierta. Comienza a sentir un hedor que es inconfundible: cigarrillo. Es un olor asqueroso. Se levanta y sale a la sala principal con el pijama puesto. No ve a nadie, pero ve el humo que hay en la penumbra de la sala por la luz que entra desde el exterior.

Ingresa al balcón y ve a Charlie fumando, sentado en el suelo del balcón.

— ¿Qué haces, Charlie? — pregunta anonadada.

— ¿Eh? — sale de su ensimismamiento.

— ¿Hace cuantas fumas? Idiota.

— Solo fumo cuando tengo problemas emocionales — levanta el cigarrillo y lo agita para ganar la atención Sofia —. Esto me ayuda a sobrellevar mi crisis.

— ¡Tienes cáncer! — exclama —. No me parece muy coherente que fumes sabiendo que esa cosa lo provoca.

— Comprendo. Pero quiero sentirme relajado. Y el cigarrillo hace que me sienta relajado.

— Si quieres fumar, fuma marihuana — propone —. Es sano y relaja más que esa mierda que tienes en la boca.

Charlie se descompone por culpa del cigarrillo. Lo cierto es que nunca ha fumado tabaco. Siempre hay una primera vez para todo.

— ¿Te sientes bien, Charlie? — ve que el rostro se le empalidece.

— No tan bien como me gustaría.

— Pareces un fantasma.

Charlie empieza con las arcadas y sale corriendo al baño para vomitar dentro del inodoro. Sofia lo sigue.

Coloca la cabeza dentro del inodoro, tanto que el pelo se humedece con el agua que hay dentro. «Asqueroso.» No puede vomitar, solo tiene arcadas muy sonoras. Anna, quien estaba acostada llega al cuarto de baño para ver que sucede. Ve a Charlie sentado en el piso con la cabeza apoya en una de las orillas del inodoro. Escruta cada gesto y llega a la conclusión de que las arcadas son actuadas. Le parecen arcadas tan falsas como unas zapatillas Adidas en el mercado de la salada.

Sofia le soba la espalda para que se relaje. Anna ve ese gesto como una estupidez, las arcadas son irreales y fácil de notar.

— ¿No ves que te está engañando? — dice Anna.

— No es tu problema, Anna.

— Juega contigo — aclara la garganta —. Esas arcadas son falsas, sé que no eres estúpida.

Sofia asiente y le da la razón. Sale del baño sin decir nada, solo se siente cansada y bastante decepcionada consigo misma por las decisiones que ha tomado. Anna se toma unos segundos para ver la falta de dignidad y respeto que Charlie tiene para consigo, quien sigue con sus falsas arcadas. Anna desea darle una patada en el rostro, pero se abstiene por el asco que le tienen. Solo escupe hacia el suelo, muy cerca de Charlie, y sale del baño. Lo abandonan.

Charlie ha logrado ser la escoria del hogar, escoria que deberán eliminar antes de que sea demasiado tarde. Antes de que el virus se propague y ya no pueda controlarse.

Sofía duerme hechizada como la bella durmiente esperando al príncipe azul. Está tapada con una sábana y una frazada, saca un pie al aire libre para sentir el frescor de la noche. De niña temía sacar la pierna por qué creía que el cuco o el diablo iban a llevarla a un lugar desagradable luego de tomarle de la pierna y sacarla de la cama de un solo tirón. En la infancia solemos ser muy incrédulos, pero no es nuestra culpa.

Escucha un ruido y despierta. Siente que tiene una parálisis de sueño, sus manos y dedos no se mueven siquiera un milímetro. Su respiración se agita debido a la limitada capacidad de moverse. Siente que está en un cajón enterrado a 3 metros bajo el suelo en el cementerio de la ciudad, como si hubiera vuelto a la vida luego de estar muerta por tres días. Si Jesús resucitó al tercer día, todos podemos resucitar al tercer día después de haber muerto.

Siente que sus piernas están entumecidas, frías y con un pequeño hormigueo cosquilloso.

Entra en pánico e intenta levantarse de la cama. No tiene buenos resultados. Tiene la sensación de estar atada a la cama en contra de su voluntad. Se siente presa del miedo, de la incapacidad motriz que ahora tiene.

Escucha ruidos extraños que provienen de la penumbra de la habitación principal, son ruidos peculiares e irreconocibles. Da la impresión de que una rata está acechando la comida del hogar, rompiendo muebles y cagando en el suelo para marcar territorio. El cuerpo le arde por el calor que siente. Las gotas provocadas por la transpiración le queman la mejilla y el cuello. Resbalan por su rostro como si fueran caracoles. El aire que entra a sus pulmones arde. Se siente sofocada y mareada.

Escucha pasos que aumentan su volumen, acercándose al dormitorio. Ella intenta ver quién o que se aproxima a paso lento pero firme. Lo único que visualiza es la penumbra de lo irreconocible.

— ¿Hola? — susurra, ya que no tiene la capacidad de hablar con fuerza —. ¿Hola? — intenta gritar, pero no puede. Sus ojos se humedecen ante la desesperación.

— Hola — susurra alguien entre las sombras.

Sofía se asusta. Intenta levantarse, pero lo único que consigue es moverse como un barco sobre el mar. Sus piernas y brazos apenas si se mueven. Cierra los ojos como si quisiera desaparecer y que todo fuese un sueño.

Hay silencio nuevamente.

Sofía abre los ojos y no ve nada ni a nadie. Intenta sentarse en la cama y lo logra. Escruta en alrededores y solo ve oscuridad junto a su soledad. Vuelve a sentir un cosquilleo en la pierna izquierda. Una araña camina por la pierna. Casi como un reflejo se pone de pie fuera de la cama y salta un par de veces para que la araña se desprenda y caiga al suelo. Lo logra, pero pierde de vista a la araña. Quizá se ha escondido para acecharla de nuevo.

Al no dar con el paradero de la araña, se sube a la cama e intenta buscar a la araña para poder matarla, ya que es un insecto que le provoca un gran pánico. Es un intento fallido,

las arañas son escurridizas. Su cuerpo es invadido por el hormigueo de la duda, siente que cientos de arañas caminan por su cuerpo como si estuvieran dando un paseo turístico en una nueva ciudad.

— ¡Que susto! — se dice.

Se recuesta en la cama para intentar dormirse de nuevo.

Pasan unos 30 minutos y se duerme como un niño después de haber jugado con sus amigos todo el día. Y por segunda vez se despierta por causa de un ruido extraño proveniente de la penumbra de su habitación, más fuerte y cercano que el ruido que la despertó por primera vez.

No es una sorpresa decirles que vuelve a sufrir otra parálisis de sueño, de igual magnitud que la anterior. Solo que ahora el calor trascendió a un gélido sentimiento de abandonar la vida. Se siente depresiva, cansada e insignificante. No intenta moverse por que se rinde ante sus desgracias del día a día.

Escucha pasos sordos, como si alguien corriera hacia ella con los pies descalzos. Pone los ojos como platos para intentar ver que sucede. Charlie.

Charlie corre calzado con medias que funcionan como un silenciador para acechar a la presa sin hacer tanto escándalo. El factor sorpresa es importante. Salta a la cama y se arroja en el pecho de Sofia. La mira como un animal enfermo y hambriento. Su sonrisa es de excitación. Sus dientes amarillos resplandecen como si fuesen fosforescentes. Los ojos se tiñen de un tinte rojizo, como si hubiese estado drogándose con LSD. Es un depredador innato. Una fiera recién salida de la jaula en busca de venganza para con sus captores.

— ¿Crees que soy un loco? — le pregunta a Sofia, susurrando con una tonalidad perturbadora.

Sofia no sabe qué hacer, no tiene nada para hacer. No puede gritar. A su parálisis de sueño se le suma la inmovilidad provocada por el peso de Charlie encima de ella.

— ¿Eres tímida? — una sombra se refleja en sus ojos provocado por los lentes que lleva puesto.

Sofia no puede abrir la boca y mover los labios y la lengua para poder crear una palabra o frase.

— ¿Tienes miedo? — se burla. Sabe que está asustada y no tiene nada para hacer. Anna es su única salvación, pero no puede gritar para pedir ayuda y advertirle sobre la situación.

Charlie tiene un cuchillo carnicero en sus manos y coloca la punta contra el pecho de Sofia. La mira como si no tuviese alma y hace presión para hundir el acero en el pecho y apuñalar el corazón. En ese preciso instante, Sofia se despierta y da largas bocanadas de aire. Fue un mal sueño. Como si fuese un instinto se levanta de la cama y cierra la puerta con cerradura. Pudo ser una especie de visión. Un aviso del más allá.

Sofia se despierta un tanto aturdida. Le dan punzadas de dolor en la cabeza, como si hubiese tenido un ataque de migraña aguda. La pesadilla fue tal que desconfía del verdadero Charlie. No sabe qué esperar. Es probable que Charlie se encuentre del otro lado de la puerta esperando a que salga para clavarle un puñal en el pecho o degollarla como lo haría con una gallina para después comérsela.

El énfasis de la desconfianza que le ha provocado la pesadilla le dificulta sacar la cerradura de seguridad de la puerta para poder salir a la habitación principal. Se siente desconcertada y paranoica. «Yo soy un paranoico.»

Abre la puerta y resopla para tranquilizarse.

— ¿Qué te sucede? — pregunta Anna al ver la mirada de miedo y desconfianza que tiene su hermana, como si hubiese visto a un niño que acaba de ver un video de terror por primera vez.

Sofia mira a los alrededores

— ¿Estás sola? — ignora la pregunta y hace la suya.

— Si — se levanta de la silla —. Charlie se fue a... bueno, quien sabe qué hace con su vida ese idiota.

Sofia siente alivio al oír que Charlie se encuentra fuera del hogar. El depredador ha dejado de hostigar a la manada.

— Debemos correrlo de la casa — lo dice con énfasis —. Tengo miedo a que nos haga daño.

— No eres la única.

— ¿También tienes miedo, Anna?

Anna hace un gesto de fastidio.

— Claro. Es un loco. He comenzado a cerrar la puerta de mi dormitorio con llave. No quiero que me haga daño mientras duermo. Momento en el que soy vulnerable.

Sofia asiente al oír que ambas han hecho lo mismo: cerrar la puerta con llave. Pero no dice nada sobre ello.

— ¿Sabes cuándo regresará?

— Dijo que... — se detiene e intenta recordar algo —. La verdad es que no le di pelota. Solo vociferó un «Ya regreso, tengo que ir a tratar con alguien sobre algo.», yo estaba en lo mío.

— Debemos correrlo de la casa hoy mismo — no es una sugerencia, es una orden.

Anna también desea sacar de su vida al maldito Charlie.

— De acuerdo. — camina hasta el cuarto de Charlie —. Revisemos su habitación para ver que extravagancias y rarezas nos oculta. Desde el primer día quise hacerlo. Ahora es cuando.

Sofia estuvo a punto de detenerla, pero la curiosidad es grande. También le intriga saber los objetos ocultos en la integridad de Charlie.

— ¿Y si empacamos sus cosas y las dejamos en la calle o en el vestíbulo del edificio? — sugiere —. La única opción que le quedará es irse. Además, le dejamos en claro que al sacar sus cosas no lo queremos aquí con nosotras y no debemos darle tantas explicaciones.

Anna solo asiente y comienza con su búsqueda del tesoro.

Al momento de haber ingresado a la habitación, encuentra el celular de Charlie sobre la cama. Tal parece que se lo ha olvidado. Aún tiene la duda e inquietud de si fue grabada o fotografiada mientras tenía sexo con su amigo.

Toma el móvil y recuerda la contraseña correspondiente con total certeza: qwerty12345.

— Idiota — piensa en voz alta.

— No creo que eso sea muy ético, Anna — comenta Sofia al ver que su hermana pretende revisar el celular de Charlie.

— Al entrar al cuarto hemos pasado tal línea de ética — se encoge de hombros —. Creo que es necesario. Hasta podemos llamar a su Madre para al menos oír su voz.

Sofia asiente ante la grandiosa idea de llamar y hablar con la madre de Charlie. Y manteniéndose en la línea de ética, cree que lo correcto es dar aviso de que lo dejen en la “calle”.

— ¿Cómo supiste la contraseña, Anna? — pregunta al ver que se coloca el móvil en el oído, lista para hablar.

Anna la ignora y se centra en la llamada. Suenan un par de pitidos y se escucha un ruido sucio. La madre ha atendido.

— Hola, Charlie — es una voz super dulce y tierna —. ¿Cómo estás?

Anna decide mantener el silencio por un par de segundos.

— Hola — dice —. ¿Es usted la madre de Charlie Brown? — pregunta solo para romper el hielo.

— Si. ¿Con quién hablo?

— Soy Anna Zverev.

— ¿Eres la novia de mi hijo?

Anna queda atónita. Supone que Charlie le ha dicho una fastidiosa mentira a su madre.

— NO — responde con énfasis —. Soy Anna, junto con mi hermana, comparto hogar con él en un departamento.

— ¿Qué? — pregunta con una notable sorpresa.

— ¿No le ha dicho nada? — intuye que tal acontecimiento no ha llegado a los oídos de los seres queridos de Charlie.

— No — contesta. Contornada —. ¿Dices que no eres la novia?

— ¡No! — exclama con gran furia.

Sofia nota que, si Anna sigue unos segundos más al teléfono, terminará insultando a la madre de Charlie.

— Hola — le saca de las manos el móvil a Anna —, soy Sofia. Comparto departamento con su hijo, Charlie.

— Hola, niña. Lamento mi desentendimiento, Charlie no me ha contado nada...

— ¿No le ha dicho que ha alquilado departamento con...? — interrumpe y es interrumpida.

— Creía que estaba viviendo solo — aclara la madre.

Anna observa a Sofia. Nota que no le gusta para nada lo que escucha.

— No. No está viviendo solo.

— No entiendo porque mi hijo me lo ocultaría.

— Porque es un mentiroso.

Anna se aburre y comienza a escrutar en los cajones de los muebles, bajo la cama y en cada rincón con el fin de encontrar algo poco convencional o “incriminatorio”. Quieres que se marche sin que haga tanto escándalo.

— Solo me ha dicho que comience a enviarle dinero porque el precio del alquiler había aumentado.

— ¿Sí? — ya no le sorprende descubrir mentiras de su buen compañero. Charlie había dicho que la familia no podía ayudarlo económicamente. La madre dijo la frase «me ha dicho que comience a enviarle dinero», como si estuviese repartiendo caramelos.

— ¿Hace cuánto viven juntos? — pregunta la madre.

— Casi una semana. No llevamos mucho tiempo. De todas formas, los días son largos.

— Claro.

Anna encuentra en un cajón tres fajos de billetes. Suponía que era un chico con escasez de dinero, pero ahora tiene la certeza de que no lo es.

— ¿Hace cuánto tiene cáncer? — a Sofia se le cruza el pensamiento de que también ha caído en otra y cruel mentira de Charlie.

— ¿Quién? — pregunta, confundida.

— Charlie... — hace una pausa.

Anna encuentra bajo la cama un puñado de papel higiénico. Coge un bollo que estaba suelto y descubre que con estaba humedecido con semen. Casi vomita por ello. Arroja y devuelve el bollo de papel a su hábitat natural.

— ¡No! — dice la madre —. ¡Charlie no tiene cáncer!

Sofia se siente incrédula. Aunque tiene sentido, nunca vio o escuchó a Charlie toser de forma persistente con el estrépito correspondiente. Se siente una idiota por no haberse dado cuenta de la falta de tan importante detalle. Es como si un niño le dijera que tiene cuatro manos, cuando en realidad tiene solo dos. Así de explícito.

— Claro que no — luego de decir eso último corta la llamada.

— Junta toda la ropa y métela en los bolsos o valijas — ordena Sofia.

Juntaron cada prenda perteneciente de Charlie en una valija azul de gran tamaño. Remeras, pantalones, zapatillas, etc. Entró todo. En una bolsa negra gigante guardaron las prendas de la cama, sábanas y frazadas. En un bolso de tela lograron juntar cada objeto que había en el cuarto: perfumes, libros, utensilios, una laptop, plata y etc. No dejaron nada, salvo la máquina de escribir.

Sacaron todo al pasillo del piso en el que viven. A ello se le agrega el colchón, la almohada y la cama de madera. También un chifonier de 6 cajones de la marca Platinum, casi se desarmó por completo cuando lo movieron. «Es una marca de mierda.» Charlie no tiene muchas pertenencias y, por ende, el trabajo de vaciar el cuarto por completo no fue tan difícil y no llevó mucho tiempo.

— ¿Qué haces con el celular de Charlie? — pregunta Sofi.

Anna busca en carpetas de la memoria interna y la memoria SIM para buscar fotos o videos reveladores de su propia integridad.

— ¡Mierda! — exclama, atónita por lo que acaba de ver.

— ¿Qué encontraste? — la curiosidad le invade.

— Debemos llamar a la policía — se desespera —. O a quien sea, pero que nos ayude.

Sofia coge el móvil y se topa con una docena, o más, de fotografías de ella misma mientras duerme. Todas parecen haber sido tomadas a una muy corta distancia.

— ¿Soy yo? — quiere caer en la cuenta de que es alguien parecida a ella.

— Si — Anna gruñe —. Eres tú, no seas idiota. Eres Tú.

Pasa las fotos y se topa con otras. Hay fotos de ella sentada comiendo, leyendo un libro, cocinando y en la mayoría sonriendo. Son fotos dignas para subir a Instagram, lo cual le incomoda demasiado.

— Parece que ha adquirido cierta obsesión...

— Para mí que quiere violarte — interrumpe Anna con una selección de palabras bastante grotescas y temerosas.

Sofia ya no sabe que pensar, solo asiente ante la interrogante de que es capaz de hacer Charlie. No sabe que pensamientos pueden trascender en una mente tan impertinente e inestable. No sabe que actos repudiables es capaz de cometer. No sabe si es una persona que disfruta del sufrimiento ajeno y de la destrucción. Solo sabe que disfruta del arte del mentir. «Como si estuviese practicando para luego ser un “buen” político.

— ¡Debemos llamar a alguien, Anna!

— ¿A la policía?

— No — arruga la nariz ante la indecisión del que hacer —. Armaríamos un gran quilombo al pedo. Meter a las autoridades es como meterse un dedo en el culo, al principio es agradable, pero con el tiempo se vuelve molesto. No nos metamos el dedo en el culo. Por ahora no, al menos que sea nuestra última opción.

— Tú eres la jefa — espeta Anna con un tono burlón.

— Llamemos a Gabriel. Dijo que lo llamemos si necesitábamos ayuda.

— Yo pensaba en llamar al encargado del edificio — Anna propone una estupenda idea.

Llamar a Gabriel puede ser peligroso, puede golpear a Charlie hasta dar con la muerte. Las ganas de apalearlo se fueron acumulando desde la primera vez que lo vio. Es como soltar a un pitbull atado y maltratado por su dueño durante años. Perro que hará añicos al primer ser humano que encuentre.

— Si — dice Sofi —. Sería lo correcto.

Charlie cruza la puerta del ascensor.

— ¿Por qué están mis cosas afuera? — pregunta al ver sus tan preciadas pertenencias en el pasillo del piso.

Tanto Anna como Sofia se quedan plantadas en sus correspondientes lugares. La llegada de Charlie las aturde y sus mentes quedan en blanco. No saben cómo reaccionar. No saben que carajos hacer o decir. Se sienten como si hubiesen visto a un violador recién salido de la cárcel. Temerosas a ser las siguientes víctimas.

— Te queremos fuera de nuestro entorno — contesta Anna sin escrúpulo.

— ¿Por? — no entiende por qué lo odian tanto.

— ¿Te parece correcto tomarme fotos mientras duermo, Charlie? — Sofia necesita oír una respuesta. Aunque sea una muy cruel.

— ¿Cómo? — se hace el desentendido.

Anna ya está cansada de escuchar mentiras y excusas que salen de los labios de Charlie. Sin miedo, saca el móvil de Charlie del bolsillo y lo levanta para que el propietario del mismo le clave los ojos.

— Te revisé el celular — espeta con una sonrisa de asco —. Encontré las fotos que le tomaste a mi hermana. ¡Idiota!

Charlie no tiene nada para decir. Han descubierto su secreto, el cual le avergüenza, y solo tiene una única cosa para hacer: marcharse del lugar.

No, Charlie no es una persona violenta. Solo es un poco inestable y se hace daño a sí mismo. El único daño que es capaz de provocar hacia otras personas, es en la mente. Le encanta jugar con la mente ajena. Le fascina provocar miedo y desesperación. Adora que le teman. Pero a pesar de toda la malicia, no es capaz de tocar un pelo a otra persona. Los locos imponen sus propios límites.

— ¿Qué tienes en mente? — pregunta Anna a Charlie, al ver que se marcha sin oponerse al hecho de su “sorpresivo” desalojo.

Charlie se voltea y mira con desdén a las hermanas, decepcionado. El sentimiento de decepción trasciende en el hecho de que confiaba plenamente en las hermanas, creía que había encontrado a personas que fuesen capaz de comprender su inestabilidad sin que estas se opacasen por los prejuicios de la sociedad. Todos somos inestables, solo que Charlie siempre fue un inadaptado social. Su capacidad para medir las impresiones de otras personas es escasa, y ello siempre le ha jugado en contra.

— ¿Adónde vas? — grita Sofia ante la pacífica reacción de su compañero.

Charlie le ignora. Sale a la deriva de la ciudad.

— ¿Qué sucede? — pregunta Gabriel a Charlie. Se cruzan en la entrada del vestíbulo. Nota que Charlie tiene una mirada triste, y a la vez camina refunfuñando palabras ininteligibles. Deduce que se le acoplaron el sentimiento de la rabia y la tristeza.

Charlie no le da pelota y continúa su camino.

— ¿Y ahora que le picó? — se pregunta Gabriel. Chasquea con la boca como si le diera igual, aunque en realidad le da igual.

Sube al ascensor.

Al salir al pasillo de piso en donde vive, se topa con muebles y bolsos frente a la puerta de sus vecinas. Ahora comprende la razón del porqué la cara de Charlie.

— ¿Qué sucedió? — le pregunta a Anna, quien se encuentra fuera acomodando unos bolsos.

— Hola — dice —. Corrimos a Charlie. Antes de que nos haga algún tipo de daño irreversible.

— Me alegro oír eso — sonríe con satisfacción —. ¿Cómo ha reaccionado?

— Vio sus cosas — cuenta —, le dijimos que no queríamos vivir un segundo más con él y se fue sin dar objeciones. Tuvo una reacción bastante pacífica.

— Si. Lo vi en el vestíbulo, iba bastante tranquilo. Aunque un poco triste, tal parece.

— Los sentimientos de Charlie me los paso por el culo.

Gabriel se ríe a carcajadas.

— ¿Y Sofia? — pregunta luego de recobrar la compostura.

Justo en ese momento sale Sofia.

— Gabriel — saluda Sofia —. ¿En qué te puedo ayudar?

— Hola — devuelve el saludo —. Nada. Anna me acaba de contar que echaron del departamento a Charlie.

— Si, por suerte no hizo ningún tipo de problemas. Solo se fue sin decir nada. La verdad es que estoy sorprendida, pensaba que haría un escándalo de aquellos. Aunque nunca se sabe, capaz vuelve y...

Gabriel nota que no puede decir la frase, por lo que la termina por ella. Nota que tiene un gran nerviosismo, la boca y la voz le tiemblan de forma sutil.

— Y les haga daño.

Sofia asiente.

— No te preocupes, yo estoy al lado — señala con el dedo —. Yo estaré atento. Por si surge algún tipo de inconveniente.

— Gracias — dice Sofia.

— Yo creo que volverá — comenta Anna con total certeza.

Gabriel sabe que las hermanas están temerosas. Lo nota es sus ojos y en cómo se tocan el pelo con nerviosismo.

— Si vuelve... — levanta el puño dejando en claro que está preparado para golpear a quien sea.

— Te tomaré la palabra — espeta Anna —. Espero seas de las personas que cumplen con su palabra.

— Al menos intento ser parte de ese puñado de personas — dice y se voltea para ir a su departamento.

Gabriel tiene que darse una ducha, si no fuera por eso, se quedaría a esperar a Charlie para darle el golpe final.

— Tienen mi número — agrega antes de entrar al departamento —. No duden en marcar. Saldré en un segundo.

«Será nuestro ángel de la guarda.», piensa Anna.

Gabriel entra a la ducha. Piensa en sus vecinas. Anna estaba bastante tranquila, o esa es la impresión que tuvo. En cambio, Sofia, estaba, al parecer, por sufrir un colapso nervioso.

«¿Volverá?», se pregunta. Charlie puede volver y “vengarse” de las hermanas por haberlo expulsado sin su previo consentimiento. O también puede volver para buscar sus pertenencias y marcharse para siempre. Quizá, puede hacer ambas cosas. Dos pájaros de un tiro. Se dice que debe estar atento, cualquier cosa puede suceder en cualquier momento.

Se termina de duchar y, con su toalla verde enlazada entre la cintura para tapar sus partes íntimas, camina hasta el dormitorio para vestirse.

Casi se cae por causa de resbalón. El agua se escurre y crea charcos en el suelo.

— ¡Mierda! — se fastidia.

Abre su ropero y escoge una camisa de leñador a rayas color rojo y negro. La ropa interior es un bóxer negro. El pantalón es una bermuda formal color blanca. Escoge de debajo de la cama unas sandalias de la marca polo. La combinación de su vestimenta es pensada para ir a una poolparty a la que fue invitado por unos de sus “estudiantes” adinerados del gym. Gabriel no es de usar ropa “elegante”, su estilo trasciende en lo deportivo. Su marca favorita es la que tiene tres rayas: Adidas.

— ¿Debería quedarme con las vecinas? — se siente indeciso. Desea ir a la fiesta, pero también desea ayudar a las hermanas en caso de que lo necesiten —. ¿Y si las invito a que acompañen a la fiesta?

Decide optar por la segunda opción.

Se coloca una colonia de Antonio Banderas para oler como corresponde, y a la vez se arregla el cabello con ayuda del espejo del baño. Se siente algo nervioso. La chica que tanto le gusta asistirá a la fiesta, y pretende declararle su amor por ella. Chico romántico.

Se tumba en la cama unos minutos para relajarse. En ese momento mira su bolso y se toma con el libro que es propiedad de Sofia, y recuerda la peculiar frase que leyó cuando intentaba averiguar a quién pertenecía: “Si no puedes hacerlo, escríbelo.”

Piensa que se trata de los sueños frustrados de Sofia, y así es, por lo que se toma el atrevimiento de leer algunas páginas para conocer un poco la intimidad de su buena vecina. «Un gran error.»

Anna está sentada, comiendo un plato de fideos con huevos y una pizca de sal, con la mayor serenidad que le es posible. Luego de hablar con Gabriel llamó al encargado del edificio para avisarle sobre la situación de Charlie y su desalojo. Le comentó que tenían miedo, ella y Sofia, de que Charlie volviera y les hiciera daño. También le hizo saber que las pertenencias de su ex compañero están en el pasillo. En ambos casos se ha mostrado compasivo. Dijo que mandaría a un par de personas para que saquen las protuberancias del pasillo hasta el vestíbulo para que Charlie las vaya a buscar sin acercarse tanto a ellas dos, y que contrataría a un camión de mudanza para llevar las cosas al nuevo destino de Charlie.

— ¿Cuánto pagaremos por el camión de mudanza? — había preguntado.

— Nada — respondía el encargado —. El dueño de la empresa me debe un par de favores.

— ¡Muchas gracias! — había dicho.

El encargado era un hombre comprensible. Tiene dos hijas, quizá se sintió un tanto identificado por ello y decidió ayudar como si se tratase de sus propias hijas.

Retomamos. Anna ingiere la comida de la cena con la mente tranquila mientras boludea con su móvil. Ya saben, ve historias de Instagram o ve videos random en Twitter. Haber expulsado a Charlie ha provocado un cambio positivo y pacífico en su entorno. Jamás debieron haberse mudado del horrible edificio en el que estaban antes.

El dilema en el que se encuentran ahora es en la problemática económica. Deben decirles a sus padres que deben enviar más dinero para poder pagar el alquiler. Además, deben explicar y dar razones del porque echaron a Charlie. Saben que sus padres no podrán mandar dinero suficiente para pagar el alquiler y la comida, no es que no quieran, solo que no les es posible sustentar todos esos gastos. Anna se propuso buscar un trabajo, también Sofia. Con el dinero que ganaran y con el que mandaran sus padres podrán vivir el día a día de forma aceptable. Ambas se lamentan porque deberán sacrificar las noches de diversión en la ciudad, deben ahorrar cada centavo.

Sofia está acostada en su cama. Se siente super feliz. La emoción que le invade le provoca una gran y hermosa sonrisa. Busca su diario personal para escribir y plasmar en él sus sentimientos y pensamientos. Busca en su mochila, donde lo metió la última vez que le dio uso. No lo encuentra. Vacía todo el contenido de la mochila en la cama para dar con la certeza de que el diario no está dentro.

«¿Dónde estará?», se pregunta. «La última vez lo metí en la mochila.», se extraña por no saber del paradero del diario. Su precioso.

Busca bajo la cama. En cada cajón de los muebles que tiene. Y nada. El diario ha desaparecido de la faz de la tierra. Ello le indigna, siente que ha perdido gran parte de su memoria.

Decide no darle importancia. Debe sentirse bien porque ha cumplido o está a punto de cumplir con su único gran sueño. Todo gracias a Charlie.

Sale del dormitorio, resignada por el paradero del diario. Sabe que aparecerá en cualquier momento. Los objetos son extraños. Desaparecen cuando son de total importancia, y cuando no lo son, siempre están estorbando.

Ve a Anna sentada. Comiendo y etc. «Ya lo saben.»

— ¿Te gusto o qué? — Anna se incomoda por la forma en que su hermana la está mirando.

— No. Solo estoy muy feliz.

— Si. Charlie era un gran grano en el culo.

Sofia sonríe y asiente.

— Uno muy grande y amarillo — dice Sofia.

Anna se limita solo a reír.

Sofia se sienta frente a ella sin decir nada. Se mantiene así unos minutos y se vuelve a poner de pie. Su atención se centra en el cuadro de la última cena de Leonardo da Vinci colocó su padre cuando se mudaron. Ello le hace reír.

Descuelga el cuadro y con una de las esquinas de madera golpea en la nuca a Anna. Logra incrustarse unos milímetros. Anna no reacciona. Vuelve a golpearla con la esquina del cuadro. Ahora se ve un poco de sangre. Gruñe y comienza a golpearla reiteradas veces como si fuera un animal salvaje. Para ella, es un desquite de toda una vida de atormento. Anna está muerta. Sofia sigue golpeándola, le destroza la cabeza.

Anna quedó inconsciente en el primer golpe. Todos los golpes que recibió luego provocaron su muerte. «El sueño de Sofia se ha cumplido.»

Sofia se ríe a carcajadas luego de escuchar el estruendo que provoca el cuerpo de Anna al caer al suelo. Mira el cuadro manchado de sangre y el plato con comida, la cena de Anna. «Dos últimas cenas.», dice con ironía y gracia.

— Soy una gran artista — se dice.

Matar a Anna le provoca una satisfacción y una gran sensación de libertad.

«¿Y ahora qué hago?», piensa. La sensación de paz se esfuma cuando se da cuenta que tiene que hacer algo de inmediato para no terminar en la cárcel.

Esboza una sonrisa de maldad. Comenzó a planear su cometido desde el día en que conoció a Charlie, y este le dijo que necesitaba un lugar para vivir.

Solo un estúpido no se daría cuenta en un instante de que Charlie es un loco e inestable de mierda. Todos nos damos cuenta cuando nos topamos con un ladrón de frente, y para evitar ser asaltados nos cambiamos de vereda. La gran mayoría se da cuenta que una mujer vestida con ropa poco ortodoxa parada en la esquina de una avenida es una prostituta. Lo mismo cuando ven a una mujer que antes fue hombre. Siempre hay algo que delata la verdadera naturaleza de la persona. En el caso de Charlie, su inestabilidad y tendencias suicidas forman parte de su verdadera naturaleza.

Sofia comienza a destrozar todo lo que encuentra. Es parte de su plan, de su fachada.

Pretende incriminar a Charlie. El escenario se presta para que logre éxito con ello. El encargado del edificio está al tanto de que Charlie fue expulsado del departamento y que se ha convertido en una supuesta amenaza para el entorno de sus inquilinas. Cuando Sofia llame al encargado o a la policía, o a quien fuese, dirá que ha encontrado sin vida a su hermana y dirigirá la atención de todos hacia Charlie. Nadie objetará ante ello. Charlie es la pieza clave de una conspiración perfecta. Podrá insistir en que es inocente, pero para su buena suerte nadie le creerá ni una sola palabra.

Alguien toca la puerta.

Gabriel tiene el diario entre las manos y comienza leer. Pasa las páginas leyendo muy por encima, no se topa con nada interesante o nada que logre comprender. Es como si Sofia escribiera en códigos que solo ella puede entender.

El inicio fue prometedor. Pero el final es muy explícito: “Charlie es mi salvación. Gracias a él podré librarme de mi perdición, de mi maldición.” No entiende nada, asique decide ir a devolver el diario a su dueña y a la vez invitar a sus vecinas a que lo acompañen a la fiesta.

Llega al departamento de al lado y escucha ruidos fuertes e inconfundibles: alguien está destrozando todo lo que encuentra.

«¿Charlie?», se pregunta. La adrenalina comienza a correrle por las venas. Si es Charlie el responsable de tanto escándalo, le destrozará toda la quijada sin siquiera mosquearse. Se sacará las ganas que tanto se han ido acumulando.

Golpea la puerta con fuerza y convicción.

Sofia mira por la mirilla y ve a Gabriel con su diario en las manos. Ello la desespera. Se siente violada. En ese diario hay datos reveladores sobre el asesinato que acaba de cometer. Ese diario es, ahora, su perdición. No sabe si Gabriel ha leído algo, pero es muy probable que sí. «Debe haber leído, por algo toca la puerta de esa forma.», piensa. Si entra y ve el cadáver de Anna sabrá que ella es la asesina.

Solo tiene una única opción si quiere que su plan salga a la perfección. Matar a Gabriel. No quiere correr el riesgo de hablar con él para intentar convencerlo de que Charlie es el responsable del crimen de Anna, ya que la fortaleza física que posee puede inmovilizarla en un santiamén, como si fuese solo una cachorrita recién nacida.

Aspira una gran bocanada de aire para no perder el control. Suspira lentamente para expulsar toda la malaria de su interior y poder actuar con plena certeza.

Coge un cuchillo de carnicero en el cajón de los cubiertos. Lo limpia porque está sucio, tiene unas migas de pan. Espera unos segundos para que la temperatura del interior haga lo suyo y seque el acero del cuchillo. Se lava la cara con agua y emprende camino a la aventura que tendrá luego de abrir la puerta.

Toma la perilla y esconde el cuchillo que tiene en la mano derecha en la espalda.

— Hola, Sofia — dice Gabriel cuando Sofia abre la puerta —. Tengo tu libro y...

— ¡Adiós, Gabriel! — interrumpe. Saca del escondite el cuchillo y se lo clava en el cuello, justo debajo de la quijada. Muerte asegurada.

Gabriel se tambalea unos segundos, atónito por lo que acaba de pasar. Cuando Sofia retira el cuchillo del cuello, se coloca las manos en el lugar de la puntada y se le bañan de sangre. No puede respirar. Intenta hablar, pero solo logra desprender un sonido burbujeante como si fuesen gárgaras.

Gabriel cae al suelo.

La siguiente jugada de Sofia es esperar a que alguien los encuentre y llame a la policía. El resto se cuenta solo.

Se apuñala a sí misma en el abdomen, esquivando los órganos internos importantes. La idea es provocarse una herida para formar parte de las desdichas de las víctimas. Comienza a sangrar y se sienta en el suelo. Hace presión en la herida para no morir desangrada. No pretende cometer suicidio por un descuido.

«¡El diario!», exclama. El diario tiene contenido que, en caso de que caiga en manos de alguna clase de erudito forense, pueden incriminarla.

Se pone de pie. Le cuesta muchísimo. La herida comienza a sangrarle de forma escandalosa por el esfuerzo que hace, como si las heridas interiores se rasgaran aún más. Llega hasta la posición el libro; es en la entrada, junto al cuerpo de Gabriel y lo levanta. A penas se endereza comienza a sentir mareos. Su cuerpo disipa en un estado de debilidad absoluta.

Pretende volver al lugar en el que se había puesto luego de apuñalarse a sí misma, pero ello se ve interrumpido por causa de un inevitable desmayo. «La muy perra se desmaya.»

El camión de la mudanza llega a primeras horas de la mañana con el objetivo de cumplir la tarea que se les fue encomendada por el dueño de la empresa: subir los muebles al camión y esperar a que el dueño (Charlie) llegue para que éste les indique a donde deben hacer el traslado.

«Los muebles están en el pasillo del cuarto piso.», les dijeron.

— Espero que no sean muchos — dice uno de ellos, esperanzado de que no tengan mucho trabajo.

El otro mantiene silencio y presiona el botón para que el ascensor baje y abra sus puertas.

— Que lindo edificio — comenta el charlatán del dúo.

El otro vuelve a guardar silencio.

Entran al ascensor y esperan su llegada al piso correspondiente.

Llegan y la puerta se abre. Salen y ven con total claridad los muebles que deben trasladar al final derecho del pasillo. Es un pasillo que solo tiene puertas de departamento en una sola hilera. No hay vecinos enfrentados, solo a los lados.

Notan que la puerta del departamento está abierta por completo. Justo donde están los muebles, valijas y etc.

— ¿Será la guarida de una mujer hermosa? — pregunta el Charlatán.

«El otro no abre la boca.»

Cuando se aproximan a la puerta ven una escena escalofriante y caótica. Ven un gran charco de sangre y dos cuerpos tumbados en el suelo. Ambos pretenden ingresar, pero se topan con otro gran charco de sangre y un cuerpo de un hombre que se encuentra tumbado bajo el marco de la puerta. Los muebles sirvieron como camuflaje.

Los dos cuerpos que ven dentro pertenecen a dos personas del sexo femenino. Ambas están muertas. No tiene ninguna duda sobre ello. No pueden visualizar heridas u alguna otra protuberancia porque están bañadas en sangre.

De inmediato llaman a las autoridades. Avisan que han encontrado una escena de crimen en tal edificio y en tal departamento.

Llega la policía ordinaria, la forense y una ambulancia. Cada uno para hacer una tarea diferente.

El forense tomará fotos y darán un primer veredicto de lo que pudo haber pasado. Luego trasladarán en ambulancia los cuerpos para que les hagan la autopsia que corresponde y así poder dar con un veredicto más que aceptable.

Un oficial de policía toma apuntes de lo que le cuentan los dos sujetos que dieron el llamado a las autoridades. Los sujetos le dan cada detalle de lo que vieron a primera instancia. Ambos indicaron con vehemencia que no tocaron nada, y así fue.

Otro oficial habla con el encargado del edificio.

— ¿Vio algo, o sabe algo? — pregunta con seriedad profesional. Deben mostrarse serios para “intimidar” a su interlocutor y que este no mienta.

— No — comienza a pensar —. Bueno, creo que sé quién puede ser el responsable de esta mierda.

— ¿Quién?

— Un sujeto que vivía con las chicas. Charlie Brown.

— ¿Sabe si ese tal Charlie tenía una razón para matar a las chicas?

El encargado se detiene para recordar la razón por la que fue expulsado, pero no la recuerda. Quizá nunca se la dieron a saber.

— Solo sé que lo expulsaron. ¿Razón? No tengo idea — se rasca la frente para intentar buscar y encontrar la información que requiere—. Solo sé que lo echaron de la casa, y que tenían miedo de que Charlie volviera para lastimarlas. Le tenían miedo, y mucho.

— ¿Sabe dónde se encuentra?

El encargado niega con la cabeza.

El oficial llama a otro oficial y le ordena que avise a la central de policía que ejecute una orden de arresto a nombre de Charlie Brown; supuesto asesino.

«El plan de Sofia parece que funciona. Es una lástima que haya muerto.»

Pasan un par de horas. Los oficiales comenzaron a buscar a Charlie Brown.

Un oficial a punto de jubilarse, gordo y calvo, se acerca al parque central para atender el llamado que hicieron unos hippies a la sede central. Supuso que los hippies que llamaron sufrieron algún tipo de discriminación o algo por el estilo.

— ¿Qué sucede? — les pregunta, a los hippies que lo esperaban, al llegar al parque central.

Los hippies están drogados, se limitan a apuntar con el dedo en una dirección muy particular. Una zona repleta de árboles.

— ¿Qué hay allá? — les pregunta.

Nuevamente no recibe respuesta.

Su oficio es atender las inquietudes de cada persona. Camina hacia la zona arbolada para poder eliminar las inquietudes de la sociedad.

Mientras camina divaga en que se va a topar con unos “villeros” en busca de problemas. O de una pareja caliente que no se aguantaron las ganas y decidieron tener sexo al aire libre.

Lo que ve lo impacta a tal punto que siente punzadas en el corazón. Casi de un ataque cardíaco de la impresión que le provoca ver tal escena. Es un sujeto tumbado en el suelo con las muñecas cortadas. Un hombre que se ha cortado las venas.

Le coloca dos dedos en el cuello para medir el pulso y descubrir si está vivo o muerto.

Está super muerto.

— Necesito una ambulancia en el parque central — avisa por el Handy pegado al pecho —. He encontrado a un hombre sin vida.

La encargada de atender los llamados y de dar aviso a otros oficiales le contesta de forma monótona: — ¿Causa de la muerte?

— Suicidio. Sí, estoy seguro de que se ha suicidado. Se ha cortado las venas — al decir esto logra dar con una pequeña navaja junto al cuerpo.

— ¿Nombre del difunto?

El oficial gordo y calvo escruta entre los bolsillos del difunto y logra toparse con una billetera. La abre y lee el nombre del documento que resplandece de una capa transparente: Charlie Brown.

— Encontramos al hijo de puta — dice la voz que sale del Handy.

La operadora da aviso a todas autoridades que el “asesino” que buscaban ha muerto. Todos se alivian tras esa noticia, más que nada porque no les gusta trabajar. El caso se cierra al instante. Charlie es catalogado como el mayor hijo de puta. Los medios hablarán de él y lo insultarán por ser un supuesto triple homicida. Sus familiares deberán aguantar un gran torbellino de decepción e indignación. El pobre Charlie es solo víctima de la desgracia.

Sofia es la verdadera hija de puta. Por suerte ya no estará más entre nosotros. Fue víctima de su propia arrogancia.